

INFORME PRELIMINAR SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DE LA BOCA DEL RÍO NEGRO.

POR

HORACIO ARREDONDO (HIJO)

(Dibujos-calcos de Alfredo Sollazzo)



I

Es creencia general, que las distintas parcialidades indígenas encontradas por los españoles al tiempo del descubrimiento del país, vivían en un estado de barbarie total. No obstante esta opinión predominante, no faltan autores que con fines de especulación literaria han idealizado al antiguo habitador de nuestros campos, presentándolo como poseedor de un espíritu por demás elevado, destacando modalidades de carácter y actitudes sólo presumibles en el hombre colocado muy alto en la escala de la civilización. (1)

En mi sentir, unos y otros se encuentran en error. Desgraciadamente, hasta la fecha no se cuenta con más elementos para ahondar en la vida del indígena uruguayo—excepción hecha del ensayo de Figueira—que la compulsa de los antiguos cronistas españoles que escribieron *de visu* al tiempo del descubrimiento o de la conquista. (2)

(1) Como ejemplo, puede citarse a Antonio Bachini en "Yamandú" (Galería indígena), "Revista Histórica de la Universidad", T. I, pág. 221, Montevideo, 1907; ídem, "Tabobá" (ídem, T. IV, págs. 731-737, Montevideo, 1911); y Juan Zorrilla de San Martín en "Tabaré" (en las distintas ediciones) en prosa y verso respectivamente.

(2) Esto no importa desconocer contribuciones interesantes y hasta valiosas, tales como las de:

Carlos Seijo, "De Prehistoria. El este marítimo. Etnografía indígena". ("Revista Histórica", T. XI, págs. 1491-1508).

Pero es por demás sabido que todos ellos, sin excepción, incurrieron en errores garrafales por falta de cultura o mala información unas veces, y otras,—las más—adulteraron los hechos a sabiendas, llevados por el propósito de deslumbrar a sus lectores con el relato de hazañas imaginarias. En tales casos había un interés especialísimo por presentar a los pueblos del Plata como tribus totalmente salvajes, sin el menor rudimento de cultura, sanguinarias y antropófagas. Actuando en tal medio, recargando las tintas sombrías a tal punto, el efecto era completo, y el personaje, vuelto al seno de los suyos sano y salvo, quedaba rodeado de una aureola de respeto y de admiración, circundado de todos los atributos del héroe. (3)

Benjamín Sierra y Sierra, "Aborígenes e Indígenas", ("Revista Histórica de la Universidad", T. II, núm. 9, págs. 26-47). "Arqueología. Notas aborígenes e indígenas" ("Revista Histórica" cit., págs. 841-854, T. VII, Montevideo, 1914). "Arqueología Uruguaya. Algunas notas. ("Revista Histórica" cit., T. X, págs. 15-23, Montevideo, 1922).

Orestes Araújo, "Etnografía Salvaje" ("Revista Histórica", T. III, págs. 388-394. Montevideo, 1910). "El último charrúa" ("Revista Histórica" cit., T. IV, págs. 641-644. Montevideo, 1911). "Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay", Montevideo, 1911, y numerosos artículos de su "Diccionario Geográfico del Uruguay" (en sus dos ediciones) y en los tres tomos del "Diccionario Popular de Historia", Montevideo, 1901.

Eduardo Acevedo Díaz, "Etnología indígena. La raza charrúa a principios de este siglo". (Artículos — dos — publicados en la "Revista Nacional");

Dámaso Antonio Larrañaga, "Viaje de Montevideo a Paysandú", escrito en 1815. "Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga" (publicación del Instituto Histórico y Geográfico, T. III, págs. 39-84). "Compendio del idioma de la nación chaná" (ob. y T. cits., págs. 163-174). "Noticia sobre los minuanes" (ob. y T. cits., págs. 174-175);

Daniel Granada, "Reseña histórica descriptiva de las viejas y modernas supersticiones del Río de la Plata". Montevideo, 1896. Idem. "Vocabulario rioplatense razonado", Montevideo, 1890.

(3) Son tan numerosos los casos de adulteración premeditada o casual en que incurren los viejos historiadores, que sería tarea interminable puntualizarlos en cada caso.

Desde Diego García (carta publicada por F. A. de Varnhagen en la "Revista do Instituto Histórico e Geographico do Brazil", 3.^a serie, núm. 5, 1852), pasando por Luis Ramírez (Relación de viaje publicada por Varnhagen en la citada Revista). Ulderico Schmidel ("Viaje al Río de la Plata, 1534-1554". Reimpresión facsimilar de la Junta de Historia de Buenos Aires, de 1903, sobre la edición de Nuremberg de 1599); Martín del Barco Centenera, ("La Argentina y Conquista del Río de la Plata"), etc., Reimpresión de la citada Junta, Buenos Aires, 1912, utilizando la edición de Lisboa de 1602. Ruy Díaz



Una amable disculpa a tan censurable actitud excusa esos procedimientos. Los primeros cronistas del Plata fueron hombres de espada, animosos pero incultos, que iban tras la conquista de una rápida fortuna, enceguecidos por los resplandores del oro de los incas y de los aztecas, riquezas que también pensaron encontrar en estas regiones desprovistas de preciosos metales. El desengaño fué completo, y en el valor de los indios platenses, reaccionando rápidamente de las villanías y vejámenes a que el intruso los sometió desde los primeros contactos, vió el soldadote basto, integrante, fuera de duda, de una cultura superior, cualidades sanguinarias, falta de humanidad y otras características afines, en las pobres parcialidades del Plata que los habían recibido noblemente, en tren de hospitalidad y hasta de camaradería.

Es de hacer resaltar este detalle, que nada ni nadie puede desmentir. Surge espontáneo de la serena compulsión de los viejos comentadores, quienes, con rara unanimidad, afirman que las primeras naves españolas fueron recibidas como mensajeras de paz, hasta el punto de que suministraron al hombre blanco víveres frescos, es decir, todo su tesoro; alta avaluación fácil de inferir por lo difícil de conquistar, en el medio primitivo que habitaban, el sustento diario.

No es del caso puntualizar estos aspectos de la conquista española en la parte que nos interesa, desde que no estaría a tono con el plan de trabajos que me propongo ir desarrollando sobre la arqueología uruguaya, perfectamente consciente de que imprevisto, en materia en la cual debe ser tratado el tema con arreglo a las modernas disciplinas científicas; pero, es el caso, que la Sociedad Amigos de la Arqueología se ha propuesto llenar los primeros números de su REVISTA con artículos de divulgación, desprovistos de toda pretensión, pero con alguna novedad, escalonados en forma monográfica, metodizando su

de Guzmán ("Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata", etc., escrita en 1612, en la primera edición de Pedro de Angelis); "Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, etc., Buenos Aires, 1836, T. I.; Pedro Lozano ("Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", publicada por nuestro eminente compatriota, el doctor Andrés Bernaldo de Quirós en la "Colección de Obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política y literaria del Río de la Plata", Buenos Aires, 1873); José Guevara ("Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", Buenos Aires, 1882); Félix de Azara, ("Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata", Madrid, 1847), etc., etc., todos deben incluirse en esta incompleta enumeración.

publicación de tal suerte, por entender que es el medio de difusión que dará mejores resultados, dado el estado actual de nuestro ambiente en lo que a arqueología se refiere.

Mi modestísima labor se abre con este informe preliminar sobre la arqueología de la boca del río Negro, en la que trato de aportar al estudio de la región chaná, la descripción de algunas alfarerías realmente notables, presentándolas desprovistas de todo ornato científico, es forma por demás simplista desde luego; dando de paso una noticia bibliográfica sobre lo que debe consultarse para munirse de la cultura necesaria para apreciar en lo que valen las piezas que se presentan al examen de los estudiosos.

Desgraciadamente, entiendo que, por el momento, el estudio de estos temas debe encararse en esta forma un tanto ingenua, cada vez que se intente el indagar en los usos, costumbres y demás aspectos de las tribus uruguayas.

La literatura nacional sobre el tema es de una pobreza realmente franciscana, y las conclusiones a que han llegado los que han abordado materia tan desconocida, carecen de base sólida, desde que no se tuvo a mano el material primario imprescindible para asentarla en firme cimiento. Hasta tanto no se exploren metódicamente y con todo cuidado las "estaciones" o "paraderos" de las costas del Uruguay, el Plata y el Atlántico y los "túmulos" de Soriano y Rocha, no se podrá crear nada duradero en lo que se refiere a infinidad de aspectos de la arqueología nacional. No obstante lo expuesto, debe reconocerse el esfuerzo y la seriedad científica que representa la hábil compulsa de los viejos historiadores y tradiciones realizada por Bauzá (4) y más recientemente por nuestro compañero de afanes el doctor Rafael Schiaffino, (5) así como también la obra apenas iniciada por Figueira, desgraciadamente interrumpida en sus inicios. Desgraciadamente digo, porque Figueira es quizá el compatriota mejor pertrechado para realizar una obra de detalle trabajada sobre la base de un perfecto conocimiento de la bibliografía, de un certero espíritu crítico y de un apreciable caudal de experiencia personal cosechada en la exploración de los túmulos de Rocha y de algunos paraderos del país. (6)

(4) Francisco Bauzá, "Historia de la dominación española en el Uruguay", T. I, Lib. I. Montevideo, 1895.

(5) "Historia de la Medicina en el Uruguay", T. I, Montevideo, 1927.

(6) También ha realizado exploraciones, aunque superficiales e incompletas, el señor Sierra y Sierra, en la zona del estero de Pelotas, en Rocha y en algunos otros lugares de ese departamento.

Los conocimientos personales atesorados por Figueira están inéditos, desde que lo publicado—reitero—apenas si es el trabajo inicial de su dedicación a la disciplina científica en la cual tanto prometía, rectificada, en parte, por posteriores estudios y exploraciones. Y si me atrevo a afirmar tal cosa, es porque en conversaciones privadas he sacado una impresión de saber y de completo dominio del tema, muy distinto por cierto de la que fluye de su obra édita, buena pero antigua.

Casi entrando en el tema de este trabajo, cabe recalcar sus dudas, expresadas en el año 1900, sobre la procedencia de las urnas funerarias que hallara en la isla Vizcaíno, enunciadas en el artículo sobre los "chanaes", publicado en el "Diccionario Geográfico del Uruguay" de Orestes Araújo, primera edición, y en otras publicaciones.

Refiere Figueira que en la excursión realizada a la boca del Yaguarí, en 1892, en compañía del doctor Carlos Berg y del sabio profesor don José de Arechavaleta, exploraron un túmulo que se halla situado al W. E. de la isla de los Vizcaínos. Lo describe de forma elíptica, de cincuenta metros de diámetro máximo por dos de altura relativa. En él hallaron dos urnas funerarias de barro cocido, huesos de un niño y un esqueleto de hombre, con collares de cuentas venecianas y tres discos de cobre. "No se encontró ningún objeto de hierro ni vestigios de la civilización europea, por lo cual debe considerarse el túmulo aludido como perteneciente a la época pre-europea o protoeuropea", expresa, agregando "si esas sepulturas pertenecieron a los chanaes, es cosa que todavía no he podido resolver." (7)

Pues bien: a pesar de que aún permanecen inexplorados los túmulos del Yaguarí, creo no aventurado afirmar que esas urnas son obra de los indígenas habitantes del contorno, dado que las exploraciones argentinas de las costas del río Uruguay más o menos inmediatas a la boca del río Negro, han sacado a luz, de parajes similares, urnas de forma y técnica en un todo semejantes a las descubiertas por Figueira.

Creo, por tanto, que es obra chaná, porque los autores primitivos están contestes al afirmar que era su zona de influencia, así como tam-

(7) Artículo "Chaná", en la pág. 222 del "Diccionario Geográfico del Uruguay", de Orestes Araújo, en la primera edición del año 1900.

En dicho artículo expresa que las cuentas eran "venecianas", de vidrio azul veteado, reproduciendo tres tipos en tamaño natural (pág. 223), tipos que difieren de los "abalorios" o piezas similares que tengo en mi colección procedente del cerro del Minuano, en Maldonado.

bién la moderna investigación acusa su presencia en el litoral argentino inmediato, fácilmente explicable desde luego, por cuanto se trataba de tribus caoneras. Con todo, y en el peor de los casos, en la actual tierra argentina si no radicaron en forma permanente, su influencia en la alfarería se extendió por las tribus vecinas. (8)

No debo pasar más adelante, sin hacer una breve descripción de las referidas urnas, desde luego las únicas que se han obtenido hasta ahora en el país.

La de mejor construcción es de 35 centímetros de altura, 40 de diámetro máximo; ídem en la boca 40×41.5 cms.; ancho de la zona peribucal (distancia entre el reborde de la boca y el diámetro máximo) 10.5; grueso máximo de las paredes, 1. Color anaranjado rojizo; superficie externa lisa, desprovista de dibujo y sin ornamentación, presentando cierto barniz o lustre que revela una pasta homogénea y buena cocción. Superficie interna regular, también lisa; borde de la boca, casi circular, ligeramente oblicuo.

La otra, de factura más tosca, es de la misma altura (35 centímetros), con 50 de diámetro máximo, en la boca 58.5, ancho de la zona peribucal: 9.5, con el espesor máximo en sus paredes de un centímetro que presenta la anterior. De entonación parda en su color, muestra en su parte externa y en toda su extensión impresiones regularmente dispuestas, de relieves uniformes en forma y dimensiones, como si hubiera sido moldeada sobre un cesto; superficie interna lisa, bastante regular; el borde de la boca ligeramente oblicuo y de espesor variable, es casi circular. (9)

No obstante el incipiente estado de la exploración arqueológica en el país, tengo por cierto que los chanaes se sindicaron como los más adelantados en lo referente a alfarería. En las colecciones particulares y en la descuidada colección pública, se clasifican como de esa procedencia, los ejemplares de técnica y acabado más perfecto, las más bellas piezas. De la cocción de los cacharros no hay nada que decir, y en cuanto al modelado, es el más hábil y la ornamentación la más artística; el empleo de la pintura en el decorado, el único hasta ahora conocido, y la variedad de las formas y de tamaños, también son características no igualadas.

(8) La permanencia de los chanaes en el actual territorio argentino, es admitida por la inmensa mayoría de los historiadores y arqueólogos modernos. Es más: opinan que de allí procedieron antes de radicarse en la boca del río Negro, donde se extinguieron.

(9) Garibaldi J. Devincenzi, "Notas arqueológicas". Montevideo, 1927. (Separata del T. II, segunda serie de los "Anales del Museo de Historia Natural de Montevideo").

Lo d
presión
tócton
siones
loniaje

El l
confir
dantes
de me
hidroc

Adh
tos ha
las po
del N
confir
verda
dígen
tante
están
trario
consi
lo qu
hacia
lisis
rres
la P
senti
setti
cació
Pe

(10
en el
(1
pág.
(1
las
y en
doct
cons
(1
del

Lo difícil o, mejor dicho, lo imposible de afirmar a primera impresión, es si esa situación de privilegio responde a la influencia autóctona, o si ella es la resultante de la obra civilizadora de las misiones religiosas que se establecieron desde los primeros años del coloniaje entre los chanáes a favor del temperamento dulce de la tribu.

El hallazgo de los discos de cobre referidos por Figueira, (10) confirma la teoría de las vinculaciones chanáes con las tribus colindantes argentinas, ya que en éstas es frecuente el hallazgo de objetos de metal con mucho cobre fuertemente atacados, por lo general, por hidrocarbonato y óxido de cobre.

Adhiero por entero a la manifestación de Torres (11) de que estos hallazgos hacen pensar en la existencia de un intercambio entre las poblaciones indígenas del litoral con las de la región metalífera del Norte argentino, que la documentación histórica por otra parte confirma. También comparto su opinión de que el problema de las verdaderas aleaciones entre los procedimientos industriales de los indígenas queda planteado, y puede ser este material un factor importante en la dilucidación de si esas láminas o discos de forma artificial están hechas sobre un material en su estado nativo, o si, por el contrario, hay lo que se llama aleación para obtener un producto más consistente que permitiera una utilización más general y segura, y, lo que al fin interesa saber, cómo y en qué proporción los indígenas hacían sus aleaciones del cobre con el estaño. Los exámenes o análisis cualitativos y cuantitativos que con las piezas halladas por Torres en los túmulos del delta del Paraná se realizaron en el Museo de la Plata por el doctor E. Herrero Ducloux, (12) confirman, en el sentir del doctor Torres, las observaciones y conclusiones de Ambrosetti sobre el aprovechamiento de los yacimientos locales y la fabricación indígena de objetos de metal. (13)

Pero hay otros elementos de juicio que contribuyen a afirmar la

(10) Artículo "Chaná" citado, donde se reproduce uno de ellos, existente en el Museo de Historia Natural.

(11) "Los primitivos habitantes del delta del Paraná". Buenos Aires, 1913, pág. 257.

(12) En la pág. 258 de la obra de Torres, se muestran los dibujos de las que hallaron en el túmulo núm. 2 del Paraná Guazú—Delta medio—; y en el Apéndice de Documentos se encuentra la planilla formada por el doctor Herrero Ducloux con las cifras de los diversos elementos que las constituyen.

(13) J. B. Ambrosetti, "El bronce en la región calchaquí", en "Anales del Museo Nacional", T. IV, Serie III, pág. 164. Buenos Aires, 1905.

certeza de que la alfarería y las representaciones plásticas que tanto despiertan nuestra atención y de las que me ocuparé, no han obedecido a influencias extrañas: me refiero a las coincidencias de técnica, de ornamentación y especialmente a las asas zoomorfas en una y otra banda del Uruguay, temas centrales de este ensayo de monografía.

II

Sin pretender ni siquiera engolfarme en el comentario del posible origen de nuestra tribu chaná,—tema difícilísimo, para cuya exacta apreciación es menester la posesión de conocimientos variados dominados a fondo, con lo cual sólo se pueden considerar los múltiples aspectos del problema para terminar adhiriendo a una de las varias hipótesis circulantes, o enunciando, en el mejor de los casos, una más,—juzgo conveniente hacer conocer con brevedad la opinión de algunos autores sobre el tema, juicios que por la seriedad y la versación de quienes los emiten, deben orientar a los aficionados.

El doctor Torres admite grandes afinidades entre los charrúas, yaros, minuanes y querandíes, y los clasifica como elementos desprendidos de los grandes grupos chaqueños, cuyo valor diagnóstico se acerca más al lipsi-mesaticéfalo-liptoprosopo. Apreciando el conjunto de las poblaciones indígenas de la vastísima cuenca platense, entiende que el elemento tupí-guaraní, más o menos puro, se encuentra representado, según diagnosis especiales, como hipsi-braquicéfalo-liptoprosopo, pareceres corroborados por los testimonios insistentes y uniformes que surgen de su examen bajo múltiples aspectos (etnológico, antropológico, histórico, etc.). El elemento chaná y afines, en su opinión está mejor definido por las crónicas y es más conocido en su acción en los territorios paranaenses, desde que Boggiani publicó su "Compendio de Etnografía Paraguaya moderna" (14) y clasificó a sus representantes más o menos directos (Caduveos) en el grupo Mojo-rubaure (Nu-arua). Entiende que estos últimos elementos han contribuido también a la población del delta del Paraná, que tan minuciosamente ha estudiado, y afirma que después de haberse vinculado primero con los chaqueños propiamente dichos (sigue a Sánchez Salvador), luego, ya en tiempos históricos, han hecho lo mismo con los charrúas y afines; admitiendo también algunas relaciones entre querandíes y pampas patagones.

La distribución geográfica que efectúa al tenor de esa nomencla-

(14) Asunción, 1900.

tura es la siguiente: en las islas del delta superior, se encontrarían reconcentrados los charrúas y afines, caoneros y cazadores; en las del interior los tupís-guaraníes caoneros y agricultores; y los chanaes y afines, que considera los más modernos, se habrían difundido por la costa paranaense y en algunas islas del Paraná de Las Palmas, para llegar a las costas del Uruguay ya en épocas de la conquista formal del territorio argentino. Estas serían, a su juicio, las relaciones étnicas inmediatas. (15)

Esta es la opinión de una alta autoridad rioplatense, basada en el análisis y la confrontación cuidadosa de los elementos antropológicos y de los restos industriales colectados en la vasta región comprendida en la cuenca geográfica del Plata.

Veamos ahora la de un no menos reputado hombre de ciencia, recurriendo a nuestro compatriota don Samuel Lafone Quevedo, la más alta autoridad lingüística platense, uno de los más eficaces colaboradores en favor de la tesis de la diversidad de idiomas rioplatenses, el que mayor número de ensayos de su clasificación ha realizado sobre nuevas y seguras bases y el autor que ha explicado con mayor amplitud el alcance e influencia del "panguaranismo".

Hervás y Panduro (16) confirmando a Oviedo (17) y a G. S. de Souza, (18) refieren que desde Santa Catalina (Brasil), hasta el Plata, toda la costa y los territorios confinantes con las fuentes del Uruguay, estaba poblada por tapuyas, vale decir, por indígenas que no hablaban guaraní, sino por excepción, datos corroborantes de la tesis Lafone, porque ya es un indicio de la diversidad idiomática, por una parte, y por otra, de la guaranización que se iniciaba.

Lafone distingue esta zona lingüística con el nombre de Güenoa.

Ahora bien: respecto a la lengua, sigamos sin quitar punto ni coma la obra primaria de la lingüística platense: (19) "*La lengua güenoa se habla por una nación del mismo nombre, que vive errante por los campos y bosques que están al oriente del río Uruguay y al sur de las misiones de los guaraníes*" (pág. 196 del T. I.), y en

(15) Ob. cit.

(16) "Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración y clases de éstas, según la diversidad de sus idiomas y dialectos". Madrid, 1800-1805.

(17) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, "Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano", (publicación de la Real Academia de la Historia). Madrid, 1851-1855.

(18) Cita de Torres.

(19) El abate Lorenzo de Hervás en la obra citada.

la siguiente: "Los indios llamados "yaros", son tribu de la nación "güenoa, y se cree que también lo sean las naciones de los "minuanes", "bohanes" y "charrúas", los que viven errantes por gran espacio entre los ríos Uruguay y Paraná. Los "charrúas" y los "minuanes" tienen lengua algo diferente de la que hablan las tribus de la nación güenoa."

Lafone Quevedo es de opinión de incluir a los chanáes en la familia lingüística güenoa, junto con los chanáes-mbeguá y chanáes-timbú, habitantes—los primeros—de la extensa región occidental del delta paranaense, y los segundos, del litoral del mismo Paraná, conjuntamente con bohanes, yaros, minuanes y charrúas de que habla Hervás, afirmando que estos últimos llegaban hasta Corrientes como lo expresan Schmidel (20) y Oviedo (21) y lo demostró recientemente el jesuita compatriota, padre Salaberry en forma concluyente. (22).

Sabido es que del dialecto chaná se ha podido conservar un importante vocabulario formado por el sabio uruguayo Larrañaga, (23) y que es el único testimonio irrecusable que ha quedado de nuestras lenguas indígenas; dialecto que Lafone considera el elemento principal "étnico" y "lingüístico" del vasto cuadro.

Por su parte, Torres, sin compartir el criterio de su ilustre colega en las dos últimas exteriorizaciones, encuentra que en toda la zona del sur del Brasil, Río de la Plata y Uruguay, han existido idiomas o dialectos que se relacionan con el chaná, en el cual "el yo se expresa por "iti", el tú por "empti" y la tercera persona o él por "hua-ti", cuyas raíces son "i", "em" y "hura", y concluye agregando "dese invariablemente la terminación "ti". Este "ti", dice Lafone Quevedo, "común a las tres personas, es un simple demostrativo que desaparece en combinación."

En estas citas de autores de gran reputación rioplatense debe figurar la del eminente arqueólogo argentino don Félix F. Outes, cuya valiosa bibliografía confieso no conocer como debiera, a causa de su difícil adquisición en nuestro medio. Para el caso recurrí a su estudio sobre la muerte de don Juan de Garay, transcribiendo algunos párrafos de la parte en que examina la etnología del litoral paranaense en la época en que ocurrió la muerte del esforzado conquistador: (24)

(20) Ulderico Schmidel, "Viaje al Río de la Plata, cit.

(21) Ob. cit.

(22) Juan S. Salaberry, "Los Charrúas en Santa Fe", Montevideo, 1927.

(23) "Compendio del idioma de la nación Chaná", cit.

(24) "Don Juan de Garay. Circunstancias que rodearon su muerte. Estudio histórico-geográfico". Buenos Aires, 1903.

“ Es de capital importancia establecer cuál era la ubicación de las agrupaciones indígenas rioplatenses en la época en que fué muerto Garay. Para ello hay elementos de juicio suficientes, pues todavía en aquella época no se habían realizado grandes desplazamientos de tribus.

“ Los conquistadores, al descubrir el Río de la Plata y sus afluentes, hallaron una población indígena más o menos homogénea, caracterizada por dos elementos étnicos bien definidos: uno guaraní y el otro no guaraní. En ambos grupos figuraban gran cantidad de hordas completamente salvajes, semisedentarias unas, nómades otras y sin perfeccionamiento alguno en su organización social. La primera agrupación, producto de antiguas inmigraciones, se hallaba relegada a una parte de las islas que forman el delta del Paraná, mientras que la segunda ocupaba los territorios del litoral de dicho río en sus márgenes derecha e izquierda. La actual provincia de Buenos Aires era habitada en su parte Noreste por las tribus de querandíes, las que en sus correrías llegaban hasta las márgenes del río Carcarañá por el Norte y el Salado (provincia de Buenos Aires) por el Sur”, agregando que es evidente que los querandíes se extendían en todo el litoral de la actual provincia de Buenos Aires hasta el sitio en que Gaboto fundó el primer establecimiento español en el territorio argentino.

Según su opinión, las islas del delta paranaense—el Paraná-Guazú al Noroeste, la desembocadura del Uruguay al Sudeste, el Paraná de las Palmas y el río Baradero al Oeste—“se hallaban ocupadas por un limitado número de indígenas guaraníes, últimos restos de una antigua irrupción de tribus brasiliocaríbicas, que luego fueron com- pelidas a aquellos lugares, casi destrozadas, por la pujanza avasalladora de belicosas tribus chaqueñas” (emplea—advierte—la denominación “chaqueñas” en un sentido general). “En su mismo territorio, pero en las islas de la parte Noreste y Noroeste, habitan los chanaes que según parece se dividían en dos subtribus, los chaná-timbúes y los chaná-beguaes.” Y agrega: “Yo no creo que los chanaes hayan vivido originariamente en la costa continental de la provincia de Buenos Aires, del Baradero al Norte, como lo supone el señor Lafone Quevedo, (25) y opino que sólo han habitado las islas que forma el Paraná en su curso inferior y

(25) Samuel Lafone Quevedo, “Los indios chanaes y su lengua”, en “Boletín del Instituto Geográfico Argentino”, T. XVIII, pág. 133.

“ medio. (26) Por último, en la parte Sur de Entre Ríos, pero no
“ en las islas del delta paranaense, comenzaba el territorio ocupado
“ por los minuanes.” Y termina: “Por manera que en 1583, año en
“ que fué muerto Garay, la etnología del litoral platense y para-
“ naense poco había variado de como se hallaba en la época de los
“ primeros descubrimientos, pues los querandíes vagaban aún en los
“ territorios despoblados que se extendían al Norte de Buenos Ai-
“ res. Sólo los guaraníes de las islas y los chanáes habían sido en
“ parte encomendados, mientras que los minuanes permanecían ais-
“ lados e ignorados en la parte Sur de Entre Ríos.”

III

Antes de dar a conocer el material inédito de procedencia chaná, considero conveniente completar la breve noticia de las más notables piezas conocidas, recogidas en su zona de influencia, sean o no de alfarería y, por tanto, no debo pasar adelante sin mencionar el magnífico antropolito que acaba de describir el Director del Museo de Historia Natural doctor Devincenzi, indiscutiblemente la pieza de mayor valor de nuestras colecciones arqueológicas. (27)

Teniendo en cuenta su importancia, no sólo repetiré su descripción, sino que también transcribiré íntegro, en nota especial, el documento del cual el doctor Devincenzi sacó los datos que le sirvieron para dar noticia de su procedencia, por entender que aporta algunos pequeños pormenores omitidos. (28)

(26) Según lo expresa, su opinión se basa en las referencias precisas de Schmidel, Ramírez y López de Souza; pero habiendo sido emitida hace ya 24 años — en 1903 — y dada mi poca familiaridad con su bibliografía, pudiera haberla variado en vista de las innumerables exploraciones realizadas durante esos años en el delta y comarcas circunvecinas.

(27) “Notas arqueológicas”, cit.

(28)

Montevideo, 10 de enero de 1924.

Señor doctor Garibaldi J. Devincenzi, Director del Museo Nacional. — Presente.

Distinguido compatriota:

Respondo a la amable comunicación de usted de fecha 19 del pasado, recibida anteayer, y en la que se me solicitan datos referentes a una escultura en piedra, (ídolo), existente en la colección arqueológica del Museo Nacional de su digna dirección, a fin de dejar garantida la autenticidad de esa piedra de subido mérito y que fué de mi propiedad.

Longitud, 50 centímetros; anchura máxima en el pecho, 15 centímetros, correspondiendo 4 a la frente y 11 a la cara, cuyo ancho máximo no pasa de 10. Las arcadas supraorbitarias, bien señaladas, reunidas, tienen 6 cms.; la nariz, con un caballete recto de 4 cms., tiene 2 cms., e indicadas las narinas por dos pequeñas depresiones poco excavadas. La boca, de labios finos y entreabiertos, mide transversal-

No tengo inconveniente alguno en proporcionar por escrito esos datos, antes de ahora ofrecidos al distinguido compatriota agrimensor Francisco J. Ros, que se anticipó a su pedido y con quien cumpliré ahora enviándole copia de la presente carta.

El 28 de noviembre de 1890, fui nombrado por el Presidente de la República, doctor Julio Herrera y Obes, Jefe Político y de Policía del Departamento de Soriano.

Estimulado, como funcionario, por el favor popular, tomé la iniciativa de dos proyectos: un Censo General del Departamento de Soriano y una Exposición-Feria de Ganadería, Agricultura e Industrias.

Las dos ideas, bien recibidas, fueron llevadas a la práctica por Comisiones populares, presididas, la del Censo, por el Presidente de la Junta Económico-Administrativa y la de la Exposición, por el que suscribe, como Jefe Político.

El Censo General de la población se realizó en un solo día, el 31 de diciembre de 1891, y el 19 de abril de 1892, se inauguraba la Exposición-Feria de Ganadería, Agricultura e Industrias, en el local "Barraca del Norte", propiedad mía y de don Francisco Varzi, ubicada a orillas del Río Negro, ocupando una extensión superficial de 15,000 m. c. De esta primera Exposición, nació la Asociación Rural de Soriano, la primera fundada en campaña, sociedad próspera que hoy ocupa un local de 80 hectáreas.

El día antes de la inauguración de la Exposición o sea el 18 de abril, comienza la historia del antropolito, ídolo según el doctor Berg, cuyos antecedentes me solicita usted.

Parte de uno de los galpones de la Barraca, estaba destinado a la sección Agricultura.

Allí me encontraba, recibiendo y disponiendo, con otras personas, el acomodo o arreglo de los productos a exponer y en compañía del doctor Manuel Herrero y Espinosa, Ministro de Relaciones Exteriores e hijo de Mercedes, y a quien el doctor Herrera nombró para representarlo en aquella fiesta del trabajo, cuando, en esos momentos, se acerca a nosotros un hombre de apellido Lozada, que cultivaba una chaera a 5 kilómetros en Mercedes, situada sobre el camino departamental que, cruzando el arroyo Bequeló, lleva al Departamento de Flores.

Interrogado Lozada por mí, sobre qué producto agrícola me traía para la Exposición, me contesta que no tenía qué exponer. Insisto en mi pedido de cualquier cosa y entonces me contesta: "Si no es un muñeco de piedra, no sé lo que le voy a traer, señor Jefe". —"¿Muñeco de piedra" —"Sí, un muñeco,

mente 3 cms. 8; la distancia nasobucal (altura del labio superior) alcanza a 2 milímetros. Las orejas, bien simétricas, ocupan una extensión de 5 cms. verticalmente, por 3.5 transversalmente, caracterizándose por un relieve moderado, pudiéndose notar el contorno de la hélice unida en sus extremos a la antihélice, separando ambos plie-

pero mal hecho, que desenterraron mis muchachos, un día de lluvia, y que apareció en medio del camino y frente a casa, hace algunos meses''.

El asunto me interesó, y sin figurarme la importancia que podía tener, pedí a Lozada fuera a su casa a buscar el muñeco. En la tarde del mismo día, se apareció Lozada con una bolsa al hombro, y al verme, en compañía del doctor Herrero y Espinosa, nos dice: —Aquí está el muñeco. Y tomando la bolsa por la parte posterior, deja caer, con gran estrépito, sobre el piso de madera, el contenido.

Tomo la pieza de piedra, y al observarla e interesarnos por ella, con Herrero y Espinosa, Lozada me la ofrece con todo desinterés, ofrecimiento que acepté de inmediato, y pidiéndole informes de cómo la habían encontrado, contestó: "Por casualidad, señor Jefe. Fueron mis hijos los que la encontraron, como dije, un día de lluvia, en el mismo medio del camino, por donde usted ha pasado muchas veces con su coche. Seguramente éste ha pasado sobre la cabeza cuando empezaba a aparecer. Mis muchachos, que son unos traviesos, con un cuchillo empezaron a escarbar alrededor, y como no la podían sacar, pues estaba como clavada, fueron a las casas, ensillaron un petizo y con un sobeo (lazo) la enlazaron del pescuezo y comenzaron a tirar, hasta que la arrancaron de la tierra y a la rastra, la llevaron a las casas''.

Aquí termina la historia del ídolo antropolito o muñeco de Lozada, en lo que se refiere a localidad y manera cómo fué encontrado. Con motivo de este hallazgo, hice varias recorridas por el paraje indicado y alrededores, sin obtener otra cosa que unas boleadoras de piedra, que regalé años después, al segundo Director del Museo Nacional, un alemán cuyo nombre no recuerdo. Este señor fué a Mercedes, a buscar objetos para el Museo. Hizo, recorriendo la campaña, una buena colección que nunca la vió el Museo, pues, según me dicen, se fugó del país.

La segunda parte de la historia del ídolo es la siguiente: Concluída la Exposición, vine a Montevideo trayendo el ídolo, y de paso por Buenos Aires, me dirigí al Museo Nacional argentino, que en esa época dirigía el doctor Berg, para que me diera opinión sobre aquella pieza, que yo tenía el propósito de regalar a nuestro Museo y a la que ya le concedíamos con el doctor Herrero y Espinosa, gran importancia, pero no tanta como la que le atribuyó Berg, que se quedó admirado de ella, pidiéndome una fotografía que había hecho sacar del ídolo.

Al doctor Berg lo conocí en ocasión de una visita que en compañía de Archavaleta y Figueiras, hicieron a Soriano cuando yo era Jefe Político y él Director del Museo y antes de celebrarse la Exposición.

En compañía de dichos señores, los llevé a las islas de Lobos y Vizeaño,

gues un surco poco profundo. Adelante, en la concavidad de la antihélice y separado completamente de ésta por otro surco, se nota un relieve casi circular representando el trago.

La región que corresponde al cuello, así como la parte superior del tórax, es plana en el sentido vertical y débilmente convexa en el transversal.

En el pecho se encuentra la depresión característica de las esculturas antropo o zoomorfas de estas regiones, que se observan en el

donde se encontraron muchas cosas de indios que figuran en nuestro Museo.

Llegado a esta ciudad, fui a visitar al doctor Herrera, a quien, en rueda de amigos, le hablamos con Herrero y Espinosa del ídolo encontrado, e interesados por el relato, se mandó buscar al hotel.

Como era de suponer, el ídolo causó admiración a todos, dando mérito para que Herrera y Nicolás Granada hicieran interesantes disertaciones, y éstas fueron motivo para que me viera obligado a regalarle el ídolo a Herrera, convencido — le dije al hacerle el regalo — de que más tarde iría a parar al Museo Nacional, como así sucedió en una forma o procedimiento muy curioso.

Con motivo de la Exposición Histórico-Americana a celebrarse en Madrid, don José Arechavaleta pidió al doctor Herrera le cediera el ídolo para que formara parte de la contribución del Uruguay a dicha Exposición.

El doctor Herrera accedió al pedido, y concluida la Exposición, Arechavaleta devolvió la pieza, que fué a ocupar su puesto de honor en el salón de Herrera.

Al poco tiempo, alguien advirtió a Herrera que aquel ídolo no era el original regalado por mí, sino una copia en portland, muy bien hecha.

Interrogado Arechavaleta, contestó tranquilamente a Herrera, "que temiendo que el original pudiera perderse en su poder, había sacado una copia para él, dejando el original en el Museo". Herrera aceptó la explicación y se conformó con el cambiao y la travesura bien hecha — según él me lo dijo después — de don José.

Con lo dicho, doy por terminada la historia del ídolo encontrado a 5 kilómetros de Mercedes, en medio del camino departamental que lleva a Bequeló, Cololó y Paso de Lugo del Arroyo Grande y frente a la chacra que en la actualidad pertenece al doctor Salvador F. Milans y que ocupó Lozada cuando pertenecía a don Antolín Bermúdez.

Toca ahora a los hombres de ciencia, epilogar esta historia y determinar a qué tribu de las que poblaban nuestro país, ha podido pertenecer ese ídolo esculpido en una piedra que, se me asegura, no se encuentra en el departamento.

El pasaje donde se encontró dista muy poco del arroyo Bequeló, cuyo nombre se lo dió un cacique del mismo nombre que dominaba en aquellos parajes.

Saluda muy atentamente al distinguido compatriota, su S. S.

Saturnino A. Camp.

ornitolito del Tacuarí, de la colección Bañales, (29) en las dos piezas similares y en el ictiolito de la colección Gallinal, (30) en el zoolito riograndense publicado por Paldaof de la colección Barbedo (31) y en algunas piezas argentinas encontradas en la región Norte del vecino país. (32)

En el antropolito de Mercedes, la cavidad mide 8 cms. 5 en el sentido vertical, 7.5 en el horizontal, con profundidad máxima de 1.5; de un perfecto pulimento, limitado por un borde saliente de 1 cm. de grosor, forma un rectángulo muy regular; 6 cms. es la distancia que separa su borde superior del reborde del mentón y al del borde inferior del extremo de la pieza, la que en sus extremidades es de contornos difusos, débilmente excavados.

En los ángulos superiores del pecho se nota la implantación de los brazos: el muñón del hombro, en escaso relieve, tiene 18 milímetros de ancho; el brazo, plegado hacia atrás, presenta bordes poco marcados, desdibujándose a los 8 cms. del punto de arranque, por su continuidad con el borde de una de las depresiones posteriores.

La cara posterior del antropolito es débilmente convexa en toda la extensión de la región cefálica y el resto lo caracterizan dos depresiones poco excavadas, de forma elipsoideal, de bordes difusos, separados por un puente de sólo unos milímetros de ancho. La depresión superior, más pequeña, comienza a 4 cms. del extremo superior; tie-

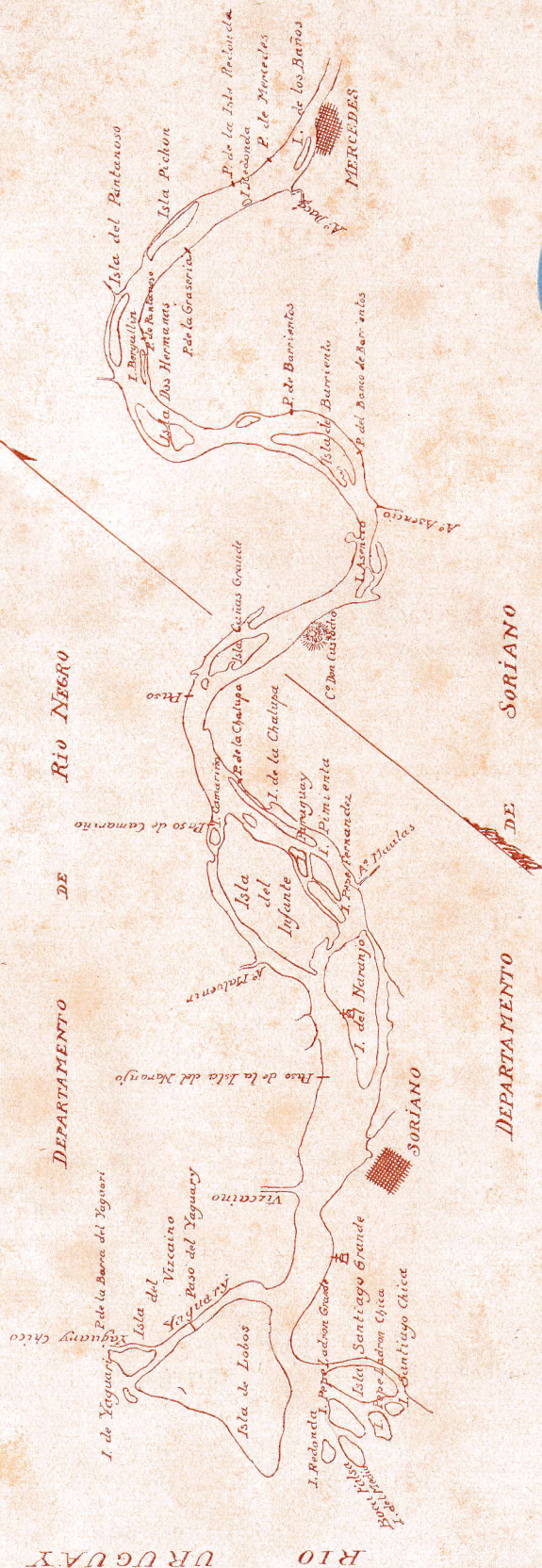
(29) Esta hermosa pieza, propiedad del doctor Miguel Bañales, residente en Treinta y Tres, fué encontrada en la 3.ª Sección del Departamento de Cerro Largo, a inmediaciones del río Tacuarí, en la estancia del señor Felipe Larrosa, a 0.50 metros de profundidad y la describe nuestro consocio Benjamín Sierra y Sierra en el mencionado folleto del doctor Devincenzi (pág. 323 de los "Anales") siendo reproducida en el tríptico fotográfico de la plancha XIII al 1/3 del natural.

(30) Las piezas más notables de la valiosa colección del doctor Alejandro Gallinal, serán descriptas y reproducidas en fotografía en el próximo número de esta publicación, figurando — como es natural — los zoolitos en primera línea.

(31) J. M. Paldaof, "Archeologia riograndense", págs. 339-347 de la "Revista del Museo Paulista", T. IV. San Pablo, 1910.

El zoolito de la colección del señor Arnaldo Barbedo, de Porto Alegre, está reproducido en dibujo en la estampa IV de la mencionada publicación, individualizada bajo el núm. 9.

(32) Ver los calcos existentes en el Museo de Historia Natural. El detalle de esas misteriosas concavidades, lo veo hasta en el hermoso disco de cobre de Andalgala descubierto por Lafone Quevedo ("Londres y Catamarca", pág. 79. Buenos Aires, 1888), pero en este caso como detalle ornamental.



Timulo

Curso del Río Negro de Mercedes al Uruguay



ne 10.5 de eje vertical y sus bordes extremos corresponden, en su parte inferior, a los bordes de los brazos ya expresados. La otra depresión, con un eje vertical de 19.5, alcanza, en su extremo inferior, a 5 cms. del extremo de la pieza, y sus bordes externos, muy débilmente marcados, se continúan con los bordes de los brazos, desvaneciéndose progresivamente hacia abajo.

Una ranura de escasa profundidad presentan los bordes del antropolito, extendiéndose de una axila a la otra, pasando por el extremo inferior. Limitada por bordes poco salientes, la ranura ostenta su ancho máximo en su origen axilar, donde alcanza a 15 milímetros, disminuyendo de a poco, hasta presentar sólo 3 mm. en el medio de la extremidad inferior.

Finalmente la escultura está hecha en una roca grisácea, de pasta muy homogénea, con algunas pequeñas manchas redondeadas u oscuras.

Hasta aquí el doctor Devincenzi, cuya descripción he venido extractando.

La observación que hacen algunos autores argentinos y entre ellos el doctor Luis María Torres, de que la obra lítica de los chanaes fué poco numerosa, parece confirmarse, por lo menos hasta ahora; pero sólo hasta cierto punto. (33)

En el material édito e inédito los ejemplares son contados y de una malísima terminación, excepción hecha de un fragmento de hacha que recogí en una pequeña excavación efectuada en la isla del Naranjo. Se traza de un trozo de líneas y pulimento perfectos, con un filo extraordinario; ejemplar que, de obtenerse íntegro, constituiría la más bella pieza de su género.

También levanté en esta excursión cuatro piedras con hoyuelos, tres dobles y la otra cuádruple, y una pequeña boleadora, pero todo trabajo muy inferior.

Pero quizá esa premisa deba abandonarse el día en que se exploren como es debido las estaciones de la boca del río Negro, haciéndolo presumir el hallazgo de esos ejemplares con sólo "arañar" un paradero, y si se piensa lo difícil que es hallar restos industriales indígenas enterrados en la tierra, aun excavando concienzudamente, y lo fácil que es captarlos en nuestros paraderos de la costa, donde se descubren, destacándose tentadores sobre la tersa superficie de la arena. Al respecto no debe olvidarse la influencia de los vientos y las aguas sobre las arenas, desde que, excavando y ponien-

(33) "Los primitivos habitantes", ob. cit. .

do al descubierto las distintas capas facilitan la tarea. En cambio, las piezas de piedras perdidas por los indígenas en campo firme, en las ocupaciones de caza o de guerra, se han ido enterrando lentamente en el curso de los años, ocultas a las miradas de los que las codician, por el pasto y los matorrales primero, y por los detritus vegetales, las lluvias y el pisoteo del ganado después, de manera que sólo verdaderas casualidades nos ponen en la pista.

Por otra parte, en los parajes que habitaban más o menos de firme, es decir, en las estaciones o paraderos, es difícil que se encuentre material lítico, y lógico y fácil y perfectamente explicable, que se hallen los vestigios de la alfarería. ¿Qué indio iba a perder sus flechas, sus boleadoras y demás utensilios de piedra en el paraje habitado, en su propia casa, dado que tanto trabajo le importaba su confección? Es admisible que ellos estaban a la vista: las armas de guerra dentro de algún cuero o vasija, siempre a mano, todas reunidas; el mortero y los demás menesteres domésticos, de mayor amplitud, siempre en uso y, por lo tanto, difíciles de perder. El hallazgo del material de piedra en estos lugares es poco probable y, en cambio, casi obligado el de la alfarería, rota con el uso continuado o abandonada en los casos de huida precipitada, donde sólo se atina a salvar el "pellejo"; pero llevando siempre consigo las armas de piedra indispensables para la defensa en la huida y el mortero y el hacha, de ejecución laboriosa, pesada y difícil, que portaría la familia. (34) En los casos de sorpresa y exterminio en su propio lar, el indio sucumbiría junto a sus armas de combate, pero nunca sobre el montículo, característico detalle del "habitat" chaná. Moriría en sus inmediaciones, casi junto a él, parapetado tras los árboles o semi-oculto en el pajonal inmediato, junto a sus boleadoras, rompecabezas, flechas y lanzas,—y, en esos casos, claro es que no se encontrarán en las excavaciones de nuestros días,—aparte de que es de suponer que la parcialidad victoriosa haría de esas armas el botín. En cambio, la alfarería quedaba junto al fogón, por cierto ignorante de que, en el correr de los años, la esperarían manos respetuosas y conservadoras.

(34) Una razón de más, contribuye a robustecer mi punto de vista si se acepta la hipótesis de Ambrosetti, confirmada por el doctor Torres (J. B. Ambrosetti, "Los cementerios precolombianos de Goya", etc., en "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", T. XV, pág. 201, Buenos Aires, 1894 y Luis María Torres, "Los primitivos habitantes del delta", etc., cit., pág. 453), de que los indígenas, al cambiar de aduar, rompían de expreso toda la alfarería.



Plano de la isla del Naranjo

Infinidad de argumentos de sólida contextura pueden formularse en apoyo de la tesis enunciada, así como también del hallazgo de instrumentos de piedra de ejecución inferior en los "túmulos" que ahora se exploran,—material de desecho, abandonado por tal por los indígenas; — pero no es este el momento para su exposición y comentario, dejándolo, por tanto, para un estudio a fondo de la zona, que proyecto para el próximo año. (35)

IV

Interesado en hacer conocer cuanto antes los restos industriales de cerámica provenientes de la boca del Yaguari, he puesto a contribución, — individualizado convenientemente — el material recogido por la expedición de la Sociedad de Arqueología que visitó la zona a principios de 1927, el que obtuviera en mi rápida visita de orientación efectuada en marzo del corriente, y el más valioso recogido por aquel distinguido compatriota que fué don Mariano Berro, quien en sus andanzas de empecinado herborizador y destacado botánico, se alejó más de una vez de su histórico pago de Vera, aguas arriba de Mercedes, corriéndose por la costa del río Negro hasta su desagüe en el Uruguay, ocupando sus días en el minucioso registro del monte tras las especies vegetales con que iba acreciendo el magnífico herbario que dejara al morir.

El espíritu curioso de don Mariano Berro recogió afanosamente todos los vestigios del hombre primitivo que el azar le brindara en su camino, ora recogidos personalmente en los paraderos u obtenidos de los montaraces pobladores de la región. Nada despreciaba el eminente compatriota que pudiera ser de alguna utilidad para la ciencia; así es que volvía a su estancia de Vera con las alforjas llenas

(35) Del material obtenido por Schuller detallado en el Apéndice, deben destacarse a propósito de este tema, cuatro puntas de flecha, una lanza, dos morteros, un rompecabezas, una piedra de honda, diez moletas, trece piedras de uso indefinido y cuarenta y cuatro boleadoras, sin contar infinidad de piedras de uso indudable, pero difícil de clasificar, posiblemente simples adaptaciones.

Tratándose de un conjunto obtenido sin efectuar una exploración formal, no puede desconocerse la importancia que reviste para una zona sindicada como escasa de material pétreo.

de tesoros botánicos, de moluscos, de fósiles y de los fragmentos de cerámica y del material lítico trabajado por el indio.

Fallecido el prestigioso compatriota, la mayoría de los herederos depositaron en custodia, en las excelentes manos del ingeniero don Arturo Montoro Guarch, el fruto de tantos años de labor desinteresada y patriótica; y es así cómo, al tenor de esas resoluciones, el estudioso de hoy puede apreciar en las dependencias del Catedrático de Botánica de la Facultad de Agronomía, lo que reuniera la inteligencia y el tesón del señor Berro, labor felizmente continuada hoy por su hijo Alejandro, nuestro compañero y Delegado de la Sociedad en los departamentos de Soriano y Río Negro.

Junto al magnífico herbario y a la valiosa biblioteca, el malacólogo y el paleontólogo de hoy encuentra un material interesante, cuidadosamente individualizado por procedencias por el propio señor Berro. Es allí, y en tales condiciones, que encontré el valioso conjunto que hoy publico, agradecido a la previsión de su colector.

El material de la Sociedad fué obtenido sobre la superficie de los "túmulos" o "paraderos" que la delegación visitara en el viaje realizado en compañía de los señores Martín Doello Jurado y Lucas Kraglievich, malacólogo y Director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires el primero, y paleontólogo y del alto personal del mismo centro de cultura el señor Kraglievich. (36)

El obtenido por mí también ha sido recogido sobre el terreno en el túmulo existente en la isla del Naranjo, cuya situación en la boca del río Negro se ubica convenientemente en el mapa que publico.

No poseo los datos necesarios para dar la noticia elemental que correspondería sobre la fisiografía de la región, de la cual proceden los objetos que describiré. Mi visita fué de veinticuatro horas, concienzudamente aprovechadas—eso sí,—pero, como es de suponer, ella no me habilita para hablar de la topografía, de la flora, de la fauna, etc., tratando de reconstruir el viejo medio ambiente, máxime cuando no existe bibliografía sobre el tema.

Se excusará por tanto esta que es una de las muchas insuficiencias de este trabajo, vacío que trato de llenar con la reducción de un plano a gran escala trabajado en estos últimos tiempos por la Dirección de Hidrografía del Ministerio de Obras Públicas, reducción cuidadosa que debo a mi buen amigo el sargento mayor don Roberto Ma-

(36) La delegación de la sociedad la integraron el doctor Ergasto Cordero, el ingeniero Mario A. Fontana y el señor Augusto Teisseire, cuyo informe se publica en este volumen.



Aspecto de la costa del Río Negro junto al túmulo de la Isla del Naranjo.



Costa y brazo del río junto al túmulo de la Isla del Vizcaíno.

chado; y con la copia del plano de la isla del Naranjo, (37) levantado por el ingeniero Gustavo Weigel, Jefe del Servicio Forestal de la Dirección de Agronomía, parte mínima del magnífico trabajo, pleno de planos acuarelados y exactísimos, realmente excepcional en nuestro medio que, olvidado, duerme desde hace años en el Archivo del Ministerio de Industrias, y que es de presumir continuará en tal estado quizá para siempre, no obstante haber acordado el Consejo Nacional de Administración su publicación. (38)

Todo el material de mi colección ha sido recogido bajo tierra, pues estando en vías de alteración el cauce del río, la desviación última ha venido a rozar con sus aguas anormales la base del túmulo existente en la isla, por lo cual es posible obtener material sin mayores esfuerzos. En efecto: en las grandes e impetuosas crecidas, el gran río ha comenzado a roer el montículo, practicando un corte de algo más de un metro sobre el subsuelo del túmulo, que es arena, como casi toda la isla, dejando en el descenso a su altura normal la pequeña playa del recodo que ya ha formado, cubierta de residuos: lascas de sílex, fragmentos de cerámicas, etc., donde es posible coleccionar algunas piezas interesantes.

El nivel de la isla en estas alturas, apenas si alcanzará a tres metros sobre las aguas normales. El túmulo es difícilmente perceptible por su poca altitud y por estar casi nivelado con la superficie de la isla, terrenos de aluvión que el río hace y deshace con relati-

(37) Copia que también debo a la amabilidad del señor Machado.

(38) La publicación está detenida "por su alto precio", cosa que, por otra parte, le sucede a algunos otros trabajos científicos existentes en el país. (Algún suspicaz podrá suponer que el Estado sólo publica los trabajos cuya impresión demanda un costo reducido, y pensará en la inutilidad del esfuerzo que realizan los que se consagran a estudios fundamentales...).

Desempeñando el Ministerio de Industrias el doctor José Arias, inicié gestiones ante este prestigioso compatriota e interés al Instituto Histórico y Geográfico para publicarlo, dividiendo gastos—unos dos mil pesos—; pero a pesar de la buena voluntad encontrada, no pudo arribarse a nada práctico.

Hoy, que, desgraciadamente, ha fallecido el ingeniero Weigel y por lo tanto, el principal interesado en que no quedara inédito, es fácil presumir el fin que le aguarda, sin pecar de pesimistas.

(En la misma situación se encuentra en el archivo del expresado Ministerio, un valioso informe sobre geografía y fauna ictiológica del Río Negro, del ingeniero francés Bouyat, que perteneció al personal técnico del Instituto de Pesca, del cual saqué una copia "por las dudas"... El ingeniero Bouyat exploró y estudió concienzudamente el curso navegable del río, examinándolo bajo distintos aspectos científicos).

va facilidad, a punto de que es característico el cambio de los contornos de sus islas en estos parajes que altera en sus contornos cada pocos años, aunque sin hacerlas desaparecer totalmente. Por lo demás, son terrenos bajos cubiertos de monte natural, enano y espinoso.

Extractando al ingeniero Weigelt, diré que la isla del Naranjo tiene una superficie de 464.95 hectáreas, según se desprende de la mensura practicada en 1923 por el citado ingeniero agrimensor, situada 38 kilómetros aguas abajo de Mercedes y a 2 kilómetros aguas arriba de Soriano, se extiende casi 5 kilómetros en dirección SO. a NE., con 1.7 kilómetro en su parte más ancha. (39)

Es de propiedad fiscal, siendo la segunda, en extensión, de las del río Negro, de propiedad del Estado, elevándose sobre el nivel ordinario del río hasta 4 y $\frac{1}{2}$ metros, especialmente en su costa Norte. Está formada por una capa de aluvión de dos metros de profundidad, mezclada con arena.

En su mayor parte presenta terreno llano, con excepción de una superficie de 60 hectáreas hacia el Norte, de configuración ondulada, formando las elevaciones pequeños médanos más o menos cubiertos de tierra vegetal, poblados de árboles indígenas.

La parte S. E. en un ancho de 400 metros, término medio, y especialmente la costa Sud, tiene carácter pantanoso, cubierto de pajonales y grupos de arbustos nativos, abarcando este terreno un área de 145 hectáreas.

La isla está ocupada a título precario por el señor Juan A. Lucers, antiguo arrendatario, cuyo contrato venció el 3 de setiembre de 1925, quien dedica a pastoreo 332 hectáreas, pudiendo afirmarse que el campo firme apto para ganadería es solamente de 130 kilómetros. 40 son francamente pantanosas y el resto, 13 al SO. y 83 al N., es pastoreo matizado de pequeñas agrupaciones arbóreas. Mantiene unos 100 vacunos, 50 ovinos y 15 caballares.

El monte natural cubre una superficie de 123 hectáreas y lo componen espinillos, talas, amarillos, molles, coronillas, virarós, mataojos, curupíes, blanquillos, palo de leche, arrayanes, timbós, sarandíes, ceibos, rama negra, etc., cubiertos en gran parte por enredaderas. En los claros se observan chircas y "carizas" en abundancia, con grandes y tupidos manchones de "totora". En tales condiciones se puede afirmar que sin la obra destructora del río, que nos ha puesto en camino del túmulo, hubiera quedado inadvertido con toda seguridad. Finalmente, es de advertir que siendo el río muy ancho y displayado en ese paraje y con costas bajas donde des-

(39) Ver grabado de la plancha II.



Números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 9, 10 y 11, Colección M. Berro; 7 (ornamentación interna), La Blanqueada. Colec. de la Sociedad de Arqueología; 8 Colec. Arredondo.

bordarse, (40) el nivel de sus aguas jamás cubre el túmulo por completo, formando parte de la zona no inundable de la isla, informes que recojo de su arrendatario, que es viejo poblador del contorno. (41)

“Túmulo” lo he nombrado reiteradamente, y así es en efecto, pues la pequeña excavación que hice practicar desmoronando a punta de pala el corte ejecutado por las aguas, en una extensión de tres metros por uno y medio de profundidad, procuró el hallazgo de huesos humanos, totalmente destruidos, indudablemente por la gran humedad propia de esta tierra, situada junto a una gran corriente fluvial.

Existe verdadera urgencia en explorarlo, pues en unas cuantas crecidas, el río Negro hará pronto cuenta de paraje tan interesante para nuestras investigaciones. Por otra parte, tratándose de una propiedad del Estado, su exploración por una institución como la nuestra no puede ofrecer la menor dificultad, dada la evidente utilidad pública de su exploración, el destino a la colección nacional de los objetos que pudieran hallarse y la circunstancia especial de no perjudicar al arrendatario, condición esta última que habrá de contemplar previamente quien se decida a explorar como se debe el “túmulo” de la isla del Vizcaíno.

Esta construcción, evidentemente artificial, es mucho más importante por sus dimensiones y altitud que la similar del Naranjo. Debe ser el “túmulo” explorado por los señores Arechavaleta, Figueira y Schuller, pues coincide en dimensiones—50 metros de diámetro; altura, algo así como tres metros sobre el nivel ordinario de la isla, y se orienta al NE. Está al borde de la isla, junto al brazo del río Negro conocido por Boca Chica, la más profunda, actualmente, de las bocas del Yaguarí, utilizado, por tanto, por los barcos de mayor calado que frecuentan el río. (42) Dista de la costa de 15 a 20 metros y su base está a una altura aproximada de 5 sobre el nivel ordinario de las aguas.

No obstante esto, debido a la estrechez de la boca, al bajo nivel de la isla, y a la circunstancia presumible de que en las grandes avenidas las numerosas islas de su barra represan sus aguas, las crecidas hacen sentir su influencia con vigor. Siendo la altura prominente del Vizcaíno (de mayor superficie que la del Naranjo), es obligado punto de refugio del ganado que la puebla, pues está por completo

(40) Ver grabado núm. 1 de la plancha III.

(41) El señor Luckers, uruguayo, oriundo del vecino Departamento de Soriano, ha vivido en las inmediaciones de la isla, en tierra firme.

(42) Ver grabado II de la plancha III.

destinada a la explotación ganadera. Es más: todo el "túmulo", por esta característica, está cercado por un fortísimo alambrado trabajado y construido con la solidez y la forma propia de corral, donde se encierra la hacienda en los casos de inundación. Como se trata de propiedad particular, presumo que ese desmonte ofrecerá dificultades sólo salvables si la tierra se vuelca de manera de formar una eminencia equivalente a su costado.

El arrendatario me informa que superficiales excavaciones practicadas por gentes ignorantes, buscadores de áureos tesoros, han depurado el hallazgo de huesos humanos; también me ha referido vagamente y como algo muy remoto, transmitido por arrendatarios anteriores, el encuentro de huesos humanos dentro de dos "tinajas" de barro. Debe ser, pues, la exploración de Figueira efectuada en 1892, hace 35 años.

Estas excavaciones, así como las del doctor Schuller—si las hizo—no deben haber sido muy profundas, pues en caso contrario hubieran quedado sus rastros hasta la fecha, no obstante reconocer que el continuo pisoteo del ganado embretado cada dos o tres años en épocas lluviosas, debe haber contribuido a nivelar notablemente la zanja o zanjas abiertas. Me baso para hacer esta afirmación en los vestigios dejados por los hermanos Figueira en los túmulos de San Luis, en Rocha, que también sirven de refugio al ganado en los años lluviosos, cuando sube el nivel de las aguas en los inmensos bañados circunvecinos.

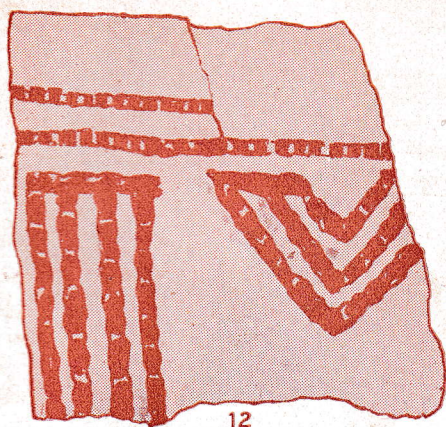
He visto muchos de estos "túmulos" partidos en dos, cuando no en cruz, por anchas y profundas zanjas, y a fe que el rastro de nuestros compatriotas es inconfundible y apreciable a primera visual.

V

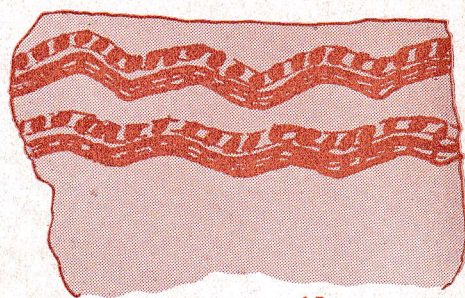
Las alfarerías que presento están muy bien amalgamadas y regularmente cocidas, habiendo algunas de ellas que lo están perfectamente, como no he visto iguales en los restos similares del país. Tal característica también la reúne la pieza núm. 11964 de la colección arqueológica del Museo de Historia Natural, que Devincenzi reproduce en su opúsculo en la plancha XVI, como procedente de Santo Domingo de Soriano. (43)

(43) "Notas, etc.". Séame permitido un comentario sincero a esta publicación. Es lamentable que las piezas publicadas no estén clasificadas por procedencia, siendo evidente y notorio que si bien lo han sido en forma tan deficiente es porque en el Museo, en la época de su admisión, no se hacía esa clasificación, desde luego imprescindible y fundamental.

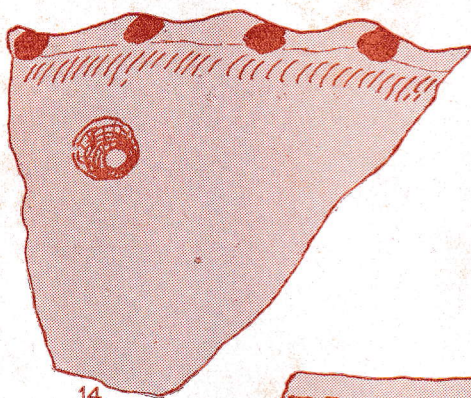
La plancha XV nos presenta veinte distintos motivos de decoración gra-



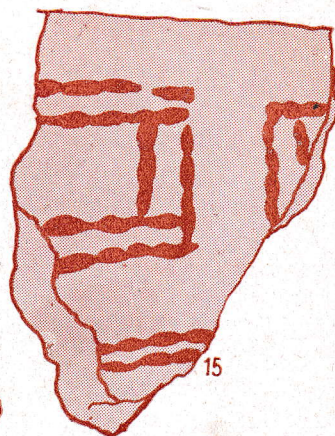
12



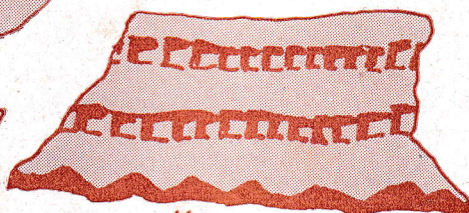
13



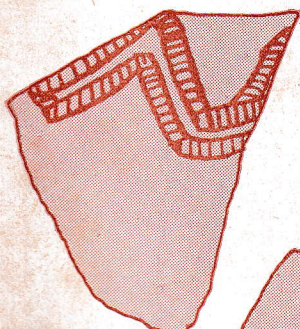
14



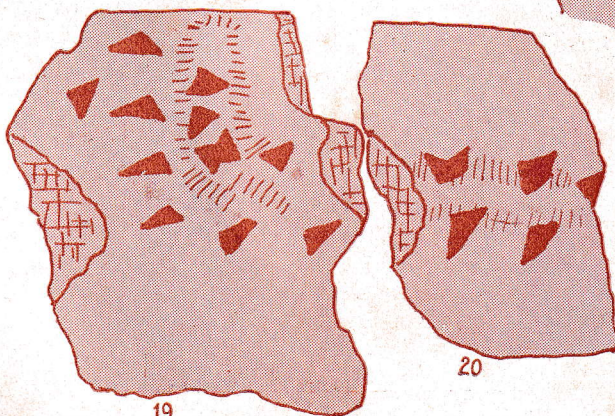
15



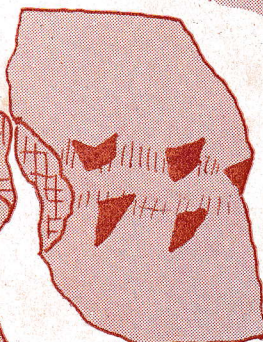
16



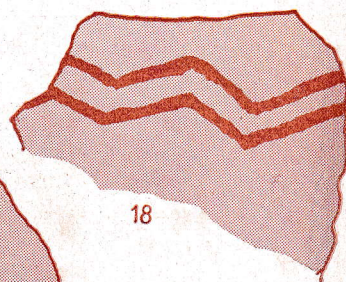
17



19



20



18

Ese interesantísimo ejemplar debe haber sido recogido, o en el túmulo de La Blanqueada (ver plano), en el Naranjo o en el Vizcaíno, desde que en Soriano—distante muy pocos kilómetros de esos para-

bada, sin decir de dónde provienen. En la siguiente, otras cinco, más siete cortes de vasijas y algunas tasas y perfiles, material valioso con la misma incógnita de procedencia. Ese conjunto es prácticamente inútil para la ciencia, como la mayor parte de la colección del Museo, en su mayoría sólo utilizable para el canje al exterior como material del Uruguay.

Situación tan anómala se explica por el estado de completo abandono en que se ha tenido a la Sección de Arqueología, al punto de que en sus "Anales" no han merecido los honores de la publicación ni siquiera las piezas principales. Por lo visto, ha sido necesaria la fundación de nuestra Sociedad para que se dedique uno de sus números a la exhibición de material y para que se proceda a llenar el elemental deber de anotar la procedencia de las piezas que llegan, como se observa con las vasijas de la plancha XVIII en la mayor parte ofrecidas en venta al Museo recientemente.

Anotaciones marginales que se hacen sin el propósito premeditado de molestia para nadie y que fluyen como natural comentario a una situación inexplicable, e insertas para constatar hechos y salvaguardar las investigaciones del futuro, así como también para atemperar la impresión penosa del extranjero.

A fuer de justos, debemos consignar la saludable reacción que en la organización de la Sección significa la colaboración honoraria — y, por tanto, más de destacar—del veterano investigador don Benjamín Sierra y Sierra, quien manifiesta encuentra en la Dirección el apoyo conveniente.

Y, para terminar, una aclaración que considero imprescindible para evitar el error en que seguramente incurrirá quien la compulse. En la plancha XVIII, en la primera fila de objetos expuestos en la parte superior, figuran tres lanzas. Ahora bien: las dos más notables, las que lucen etiquetas blancas al pie, no pertenecen a la colección del señor Florencio P. Alvariza Fajardo, "donadas generosamente al Museo" como informa la leyenda correspondiente. Se trata nada menos que de las famosas lanzas que el Arzobispo don Mariano Soler donara al Club Católico de Montevideo, de donde fueron sustraídas hace muchísimos años, y la reproducción que se publica es la de los calcos de yeso que Figueira sacara con tanta previsión, teniendo en cuenta, posiblemente, la hermosura de la que hoy vemos a la izquierda del grabado "primorosamente trabajada, y con la que sólo pueden competir las "hermosas hojas halladas en Europa en las estaciones del Volga, Solutré y "Dinamarca." Habían sido encontradas en el arroyo de las Flores, en el Departamento de Río Negro. En cuanto a la tercer lanza—la que ocupa el centro del grabado—si bien es de la colección Alvariza, debió agregarse que la hubo del señor Alberto Gómez Ruano, a quien la regalara el doctor Alberto Palomeque, quien la recibió en donación del señor Manuel Carabaca, su descubridor, en las puntas del río Queguay, hará cosa de cincuenta años.

jes—no había “paraderos”. La cita de procedencia debe corresponder, en consecuencia, a la residencia del donante. No sólo presenta una cocción perfecta y una superficie unida y brillante, sino que también una ornamentación tan excepcional por lo complicado de su dibujo como por estar pintada; borde fondo blanco con líneas rojas.

La cerámica pintada, en el estado actual de la investigación, es escasa en el país. Aparte del ejemplar referido, sólo conozco tres más, conservados en mi colección. Se trata de alfarería lisa, fuertemente pintada de ocre amarillo en dos de las piezas; y la otra es un borde ornamentado, débilmente pintado de rojo.

La cerámica pintada de los chanaes del delta argentino es bastante común y se presenta—como en los ejemplares uruguayos captados—aplicada mediante la acción del calor, sobre todo la blanca marfilina, dispuesta en zonas por lo general comprendidas en la parte superior de los bordes. La pintura negra y roja es más común.

La casi totalidad de la alfarería que publico (44), fué ejecutada con limo de río, en algunos ejemplares limos finísimos, tal el caso de la pieza núm. 50 ya citada, soberbio ejemplar de color negro, de superficie excepcional, tersa y brillante, sin ornamentación grabada, pero con borde ondulado de fuertes relieves, tratados por mano maestra. Procedente del “túmulo” de la isla del Naranjo, reúne las características necesarias para clasificarlo como pieza cocida en horno; por lo menos así lo considero.

Bajo el núm. 55 presento una pieza curiosa de mi colección, la única que se conoce del Yaguarí, y que no la he visto descripta en ninguna publicación. Se trata de un objeto de arcilla compacta, de gran consistencia, utilizada, en mi opinión, para el moldeado externo e interno de las vasijas. Es una esteca perfecta, que ha pasado inadvertida para Figueira, Sierra y Sierra y demás escudriñadores de “paraderos”, ignorando si se encuentra en la Argentina.

Me concreto a presentarla y a expresar que la obtuve personalmente en la isla del Naranjo, dejando para el primero que la destacó en el “outillaje” de nuestras “estaciones”, el señor Francisco Maz-

(44) Las piezas núms. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 12, 14, 15, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 29 pertenecen a la colección Berro; las 7, 16, 17, 18, 19, 20, 30, 31, 36, 39, 41, 46, 48, 49, 50, 58, 59, 60, 61 y 62 a la colección de la Sociedad; las 8, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 40, 42, 43, 44, 45, 47, 51, 52, 53, 54, 55, 56 y 57, a mi colección, y las 63 y 64 son dibujos de las piezas perdidas obtenidas por el doctor Schuller, tomadas del apunte original que existe en el Museo.





zoni, su análisis y comentario; siendo de advertir que se trata de un objeto casi común en el ambiente uruguayo.

Otro ejemplar que publico como único en el país, es el punzón núm. 59, de hueso. No sólo es el único existente en el país, sino que también es el único material trabajado en hueso que existe.

Entre las distintas manifestaciones industriales de los indios del litoral paranaense, así como también del Uruguay, se han encontrado fragmentos de hueso trabajados destinados, aparentemente, a ser utilizados como flechas y punzones. La utilización de las pieles de animales para vestido, previa una primitiva manipulación, es un hecho comprobado y, por tanto, el empleo de los punzones de hueso para la unión de las pieles es más que probable.

Dado este antecedente y la similitud de culturas que admito, espero ver repetidos los objetos de hueso, cuya aparición preveo en las excavaciones, y que se encontrarán, de seguro, si se hallan depositadas en capas de arena arcillosa o en otra composición conservadora, así como también seguramente se hallarán otros objetos del mismo material de uso difícil de apreciar hasta el momento. De lo contrario, dado el largo tiempo del depósito, la humedad debe haberlas destruido.

En la literatura argentina se encuentran descripciones y aún reproducciones gráficas de ejemplares recogidos, con variantes interesantes.

Las astas de los ciervos, en su extremo superior, con o sin retoque previo, cortadas y alisadas en sus cantos por reiterado frotamiento, figuran entre ese material, tratado con detención y competencia por Torres. (45) Por tanto, no constituye una sorpresa el hallazgo en cuestión. Se trata, más bien dicho, de la obtención de un ejemplar esperado, al cual lógicamente debe seguir el hallazgo de nuevas piezas.

El largo del ejemplar que se reproduce, desgraciadamente fracturado en su parte media, es de 8 centímetros y 1 de grosor en su base. Es un hermoso ejemplar, sólido y apropiado para el uso que se le asignó.

La exploración de la zona aportará, de seguro, no sólo la repetición de esta pieza, sino el encuentro de raspadores de hueso hallados en la Argentina hasta con profusión, instrumento cuya confección demanda poco esfuerzo y debe haber sido eficaz en el laboreo de las pieles. Tratados en un sólo corte, el bisel afilado se obtenía por el simple frotamiento con la arena gruesa en un principio, mejorándolo

(45) Ob. cit.

y obteniéndose el filo necesario para su buena aplicación, con la reiteración del frotamiento con arena más fina.

También son conocidas en el vecino país las espátulas de hueso, que se supone utilizadas en la fabricación de vasijas y, sobre todo, en su ornamentación. En tales casos se preferían los huesos largos de ciertos mamíferos y hasta tibias de aves. (46) Según Torres, varios golpes y cortes longitudinales con un instrumento de piedra, desbastaban una de las caras, y luego otros retoques, en la parte más delgada, producían una extremidad cóncava, apta para la ejecución de los detalles de la ornamentación de la cerámica.

En cuanto a las flechas de huesos, son comunes en el litoral argentino. Se trata de las puntas y pitones de astas de ciervo, con preferencia de animal joven, buscadas por más fuertes y robustas, a las que se les redondeaba la base y ahuecaba para adherirlas al mástil. Una pequeña ranura inmediata se presenta en la mayoría de los casos, característica que se supone ejecutada para introducir en ella la pequeña cuña necesaria para dar solidez a la unión. (47)

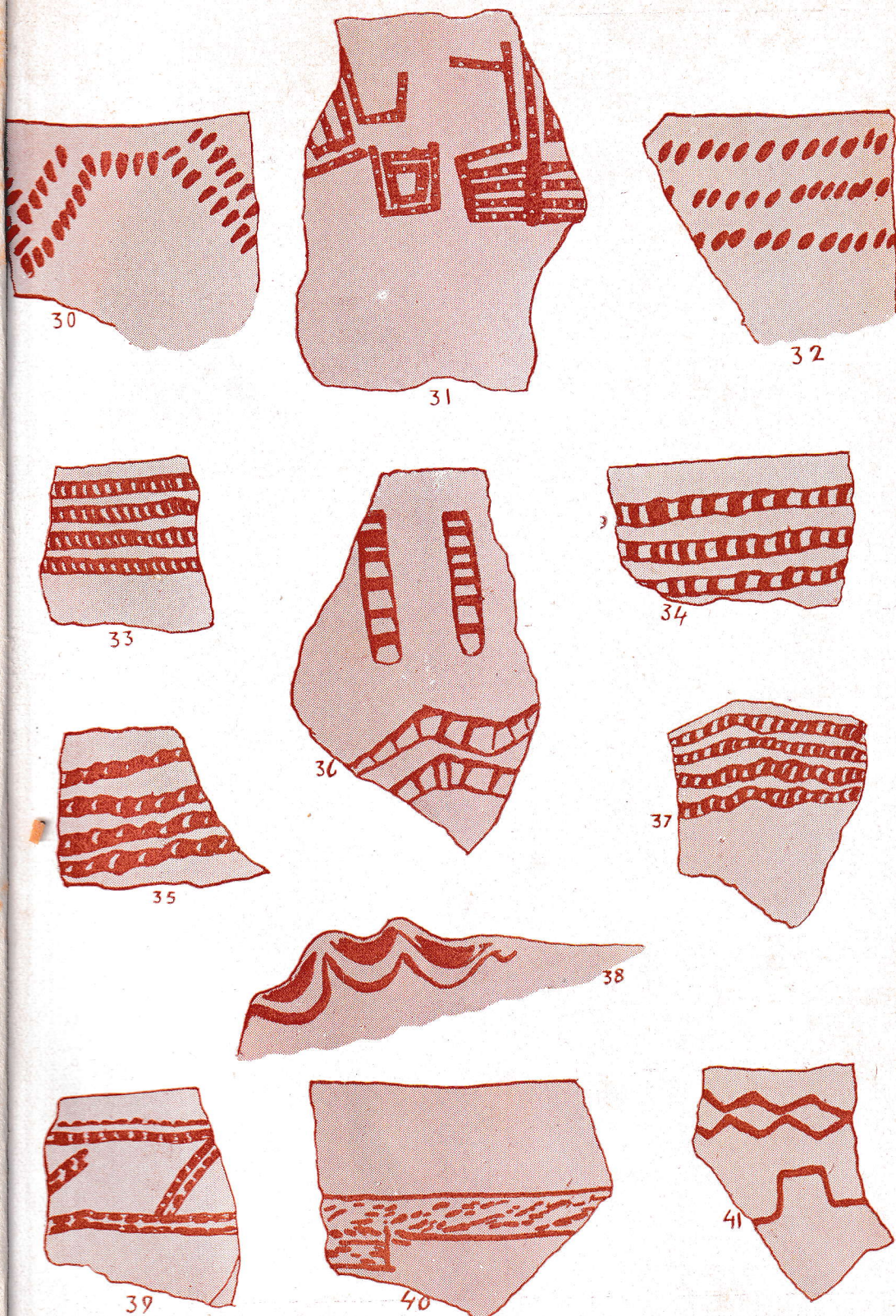
(46) Dan noticia de ellos algunos viajeros, entre ellos Durand Savoyat, quien en fecha que ignoro, pero indudablemente lejana — unos cuarenta años quizá — visitó el túmulo del Vizcaíno, recogiendo tres piedras de honda, del tipo lenticular, con las que obsequió al Museo de la Plata.

En la colección de materiales uruguayos que Figueira obtuvo en el país para luego venderlos al expresado Museo, figuran nueve piedras de esa variedad, pero no creo sean del Vizcaíno, sino de Rocha.

La falta de un informe del expresado vendedor, sobre su exploración del Vizcaíno, costeada por el Estado, explica esta duda al respecto, aunque por el hecho de haber sido costeada por el Gobierno no creo que su autor le diera ese destino.

La misma falta de antecedentes escritos, desgraciadamente, se observa en la mayor parte de la colección vendida al doctor Alejandro Gallinal por Figueira, hace unos años, pero procede de Rocha, fuera de duda, dada su larga residencia en el lugar como Inspector de Escuelas y sus conocidas correrías arqueológicas en la zona, verificadas al margen de sus tareas de funcionario nacional, confirmadas por referencias personales obtenidas de antiguos pobladores de esa campaña que luego he recorrido.

(47) La bibliografía argentina que exhibe y analiza ese material tan poco conocido en el país, se hallará en las distintas obras del doctor Torres, notables por más de un concepto, y la evolución de la investigación y del comentario, podrá apreciarse con la lectura del "Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana", de Estanislao Zeballos y P. Pico ("Anales de la Sociedad Científica Argentina", T. VI, Buenos Aires, 1878), en la obra individual del nombrado doctor Zeballos, "Note sur un tumulus prehistorique de Buenos Aires", ("Revue d'Anthropologie", Serie II, T. I, París, 1878);



Números 30, 31, 36 y 41, La Blanqueada, y 39, Naranjo, Colec. de la Sociedad de Arqueología. 32, 33, 34, 35, 37, 38, y 40, Naranjo, Colec. Arredondo. (La N.º 37, ornamentación interna).

En la exploración realizada por Schuller, por cuenta del Museo de Historia Natural (entonces Museo Nacional dirigido por el insigne botánico don José de Arechavaleta), en el túmulo de la isla del Vizcaíno, (48) recogió un valiosísimo material que desgraciadamente se ha perdido, debido a la incuria en que han tenido la colección arqueológica pública los encargados de conservarla debidamente.

De mis investigaciones realizadas en su archivo, he recogido una especie de inventario—formado a primera redacción y que incluyo como apéndice a este trabajo—en el que consta la obtención de huesos trabajados. (49) Es, en verdad, de lamentarse la total pérdida de esos antecedentes que de tanta utilidad serían para la mayor documentación de este estudio, así como también de los posteriores que se efectúen sobre el tema; pero, de cualquier modo esas referencias corroboran mis presunciones de la utilización reiterada de huesos para la fabricación de objetos, así como también de su adaptación a diversos empleos.

No es mi propósito, en este informe preliminar, reflejar las impresiones que puede producir el cotejo de los fragmentos de alfarería que expongo, tarea que reservo para cuando lo amplíe, que será en fecha próxima, por lo cual las analogías de dibujo, las diferencias en la ejecución de la ornamentación grabada (50) y otros detalles quedan para entonces.

No obstante lo dicho, cabe destacar las piezas núms. 5, 10, 14 y 60, como bordes ondeados acompañados de ornamentación grabada, detalle que le daría más “suntuosidad” a la vasija; las 42 y 44, de bordes simples ligeramente desplegados al exterior; los bordes 48, 49, 50, 51 y 52 de ondulación artística, cualidad que destaca en la 38 y la 61, vasija de borde liso, pero cuyo cuello estaba adornado de un

en H. Burmeister, “Ueber die Alferhümer des Rio Santa María” (“Verkaufungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte”, págs. 357 y siguientes, Berlín, 1877), etc.

(48) Marzo-Abril de 1905.

(49) En efecto, figura debidamente numerado — 3054 — el siguiente renglón: “Un tubo de vidrio con tierra, fragmentos de huesos trabajados y quemados?”.

(50) En los calcos-dibujos de los grabados, el señor Sollazzo ha señalado los relieves o “movimientos de dibujo” como él los llama, de las piezas núms. 3, 5, 14, 19, 46, 48 y 49 con una especie de sombreado a base de ligerísimos trazos verticales, horizontales u oblicuos — según los casos — detalle sobre el cual llamo la atención, en el deseo de que se admiren las piezas desprovistas de todo artificio.

relieve vigoroso y artístico, tratado en curva elegante de orden rítmico.

Las piezas núms. 7 y 37, de La Blanqueada y del Naranjo respectivamente, son los únicos ejemplares hasta ahora recogidos de ornamentación grabada en el interior de la vasija, con paredes exteriores lisas, curiosa característica observada en la cerámica argentina del delta, también como excepción.

Los bordes 42 y 43, no obstante su pequeñez, han permitido a la habilidad del señor Sollazzo la exacta reproducción de sus perfiles, que en el ejemplar 42 se presenta en forma que hace suponerlo perteneciente a algún plato o fuente.

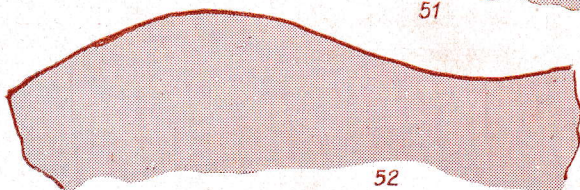
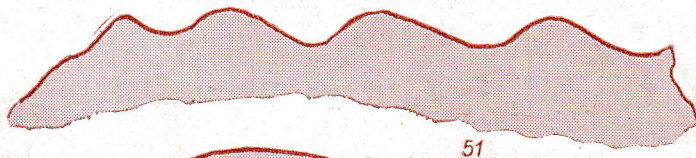
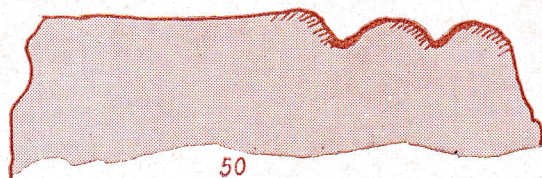
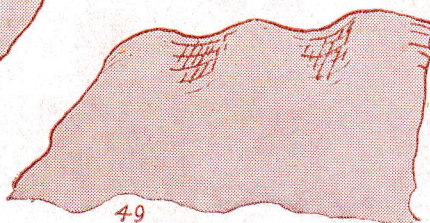
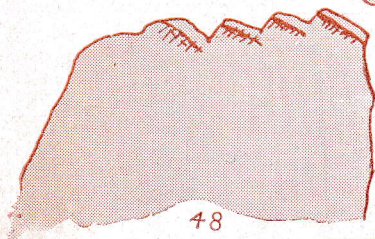
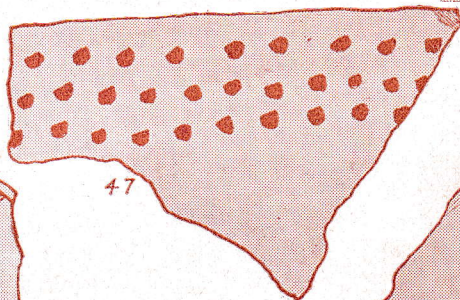
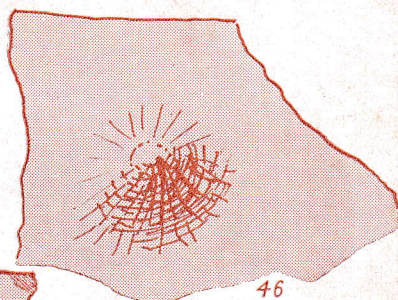
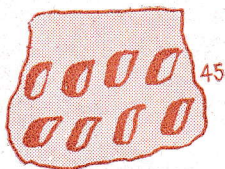
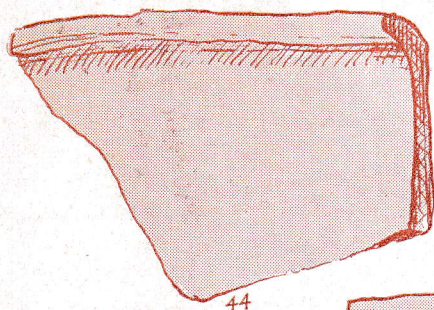
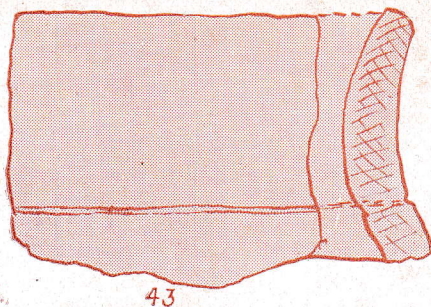
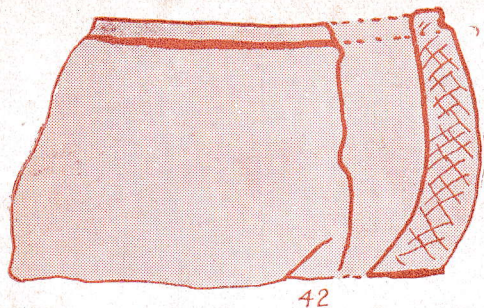
La protuberancia que se observa en el grabado 46 corresponde a un asa en "embrión", salvo que fuera un detalle artístico, posibilidad que, de confirmarse, sería interesante; la 53 es un asa horizontal; la 57 un tipo de asa práctica y segura, culminando en hermosura y ejecución el asa bellamente historiada núm. 54 de mi colección—como las anteriores—y todas ellas del túmulo del Naranjo, apenas explotado.

Es de lamentar que las tres piezas zoomorfas que presento, provenientes de la colección Berro, no se sepa a ciencia cierta de cuál de los paraderos de la boca del río Negro proceden. No obstante esta oscuridad, puede sentarse como premisa lógica que provienen del Vizcaíno o de La Blanqueada, que son conocidos por los pobladores regionales de antigua data. El túmulo del Naranjo se conoce de muy poco tiempo atrás y mi precaria exploración la efectué apenas desflorado por el cambio de rumbo del río. Tal es la impresión recogida en mi visita a la zona, en la cual interrogué a multitud de personas, entre ellas a algunas aficionadas a recoger cosas curiosas, tipo rural escaso pero existente, y felizmente bastante difundido en el país, a cuyas actividades tanto debemos los que nos dedicamos a estas cuestiones.

Las reproducciones que publico son de tamaño natural, circunstancia que excusa la enunciación de medidas, como también la descripción en mi precaria prosa, limitándose mis referencias al comentario que me sugieren, breve y ligero desde luego.

Se trata de ejemplares moldeados en arcilla bien preparada, de buena cocción, no presentando, por tanto, las inevitables grietas o fracturas originadas por una deficiente preparación.

La figura núm. 1 no me resulta de fácil clasificación en cuanto al animal que se trató de representar. Es un asa, con el correspondiente orificio indispensable para su sustentación, dispositivo muy común en las vasijas que nos ocupan (plancha X); creyendo distinguir en



su confusa morfología la figura de un ave, de un psitácido probablemente.

La circunstancia especialísima de que la representación de loros barranqueros y afines es utilizada con marcada preferencia, en la cerámica similar del litoral argentino, me induce a aceptar esta clasificación, aunque con reservas, dado que siendo el primer objeto de su clase hallado en el país, no está el ojo habituado a pronunciamientos certeros, en casos como este en que la habilidad del artífice no ha sido feliz.

Con la figura 2 no sucede lo mismo, desde que en ella veo la figura de un felino, de un puma probablemente, aunque reconozco que en la primera impresión me dió la sensación de que se trataba de un carpincho (*hydrochoerus-hydrochoerus*). De vigoroso modelado, líneas regulares y proporcionadas, los detalles de la boca, ojos y orejas asignan vivacidad extraordinaria a la figura. Esta pieza no puedo considerarla como asa, aunque tal vez lo fuera.

La figura 3 reproduce un ejemplar realmente extraordinario. Se trata de una figura humana tratada en forma primitiva, pero segura, siendo realmente notables los detalles de la cabellera, imperceptibles por completo en el grabado que publico. La contemplación del conjunto produce en el observador hasta una impresión de belleza, acusando al ojo más profano, la huella de un alfarero de excepción, y las manos hábiles de un artista al que se le han deslizado como fallas apreciables la frente excesivamente deprimida y la colocación de las orejas muy atrás.

Mirándola y remirándola con la atención consiguiente, es tal el efecto de realismo que me produce, que hasta me tienta a afirmar que se trata de la representación de una mujer, condición difícil de apreciar en las esculturas primitivas, en la ausencia de los atributos del sexo, únicos guías seguros para llegar a conclusiones exactas.

Esta pieza tampoco me atrevería a clasificarla como asa de vasija, aunque confieso que me hacen vacilar los grabados y la argumentación, respecto a la colocación de las mismas, formulada por los señores Frenguelli y Aparicio en su interesante trabajo "Los paraderos de la margen derecha del río Mal Abrigo (Departamento de Reconquista, Provincia de Santa Fe." Paraná, 1923), (51) y en otros de este último autor en que se especializa en el tema.

Cotejadas estas piezas con el casi centenar de origen argentino que se conoce, (52) recojo una impresión de escultura muy superior en

(51) Separata de los "Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación", T. I, págs. 7-112.

(52) Psitácidos en su inmensa mayoría.

la doble representación de las aves y mamíferos, no pudiendo abrir opinión en lo referente a la escultura humana, por cuanto no conozco ejemplares en el material argentino. (53)

VI

Resabio de mi manera de trabajar como historiador que no desperdicia dato alguno para la reconstrucción del pasado, es este último aparte, en el que trato de cohonestar una cantidad de detalles dispersos de la expedición de Schuller a la boca del río Negro y regiones colindantes.

Utilizo al efecto la desordenada correspondencia privada que mantuvo durante todo el tiempo que duró la expedición con su superior jerárquico don José de Arechavaleta, Director del Museo por ese año de 1905.

El 5 de junio escribe desde Soriano: (54) "Tracé el plan para mis futuras operaciones. Mañana me traslado a la isla de los Vizcaínos con el objeto de efectuar allí excavaciones de las cuales le hablara

(53) Luis María Torres, "Arqueología de la cuenca del río Paraná", en "Revista del Museo de la Plata", T. XIV, págs. 54-122. Buenos Aires, 1907; Joaquín Frenguelli y Francisco de Aparicio, "Los paraderos de la margen derecha del río Mal Abrigo", etc., cit.;

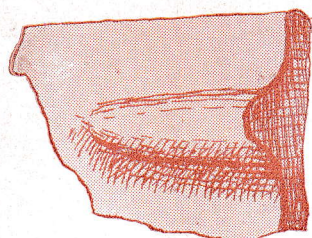
Francisco de Aparicio, "Contribución al estudio de la arqueología del litoral. "Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el Norte de la Provincia de Santa Fe", en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires", T. XLIX, págs. 5-30. Buenos Aires, 1922;

Francisco de Aparicio, "Un nuevo documento relativo a la colocación de las asas zoomorfas en la cerámica del litoral paranaense". Buenos Aires, 1925. (Apartado de "Physis", revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, T. VIII, págs. 244-249).

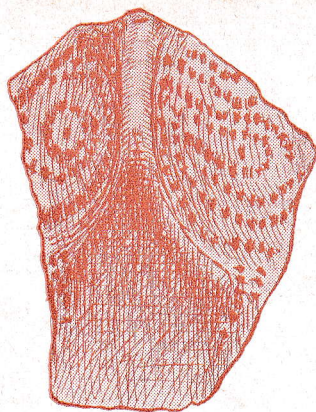
Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia", "Memoria Anual de 1924", etc., doctor Martín Doello Jurado. Buenos Aires, 1925 (láminas XIII, XIV y XV);

Luis María Torres, "La Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes", por don Félix de Azara. Examen crítico de su edición", en "Revista del Museo de La Plata", T. XII. La Plata, 1906, etc., etc.

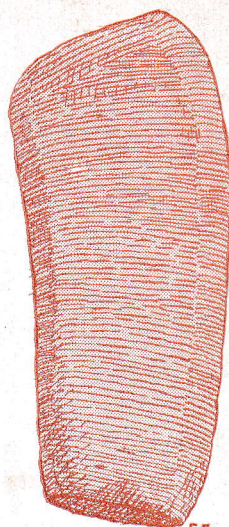
(54) En carta anterior del 27 de mayo, dice: "Le remití el viernes, dos cajones con objetos etnológicos y huesos fósiles, entre estos últimos, un hermoso homoplato, dádiva de una señorita de esta localidad. Hoy me dieron para el Museo, 14 boleadoras, las más lindas, y otras piedras, como fragmentos de urnas desconocidas, un homoplato, 8 fragmentos de huesos humanos encontrados junto con fósiles, (*) 2 fragmentos de asta de ciervo fósil, 4 fragmentos de cadera, 12 bolas charrúas, etc., etc."



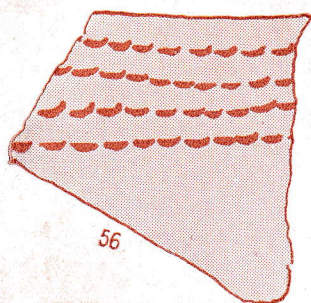
53



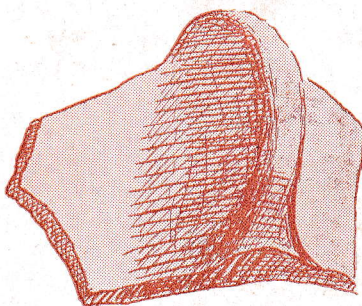
54



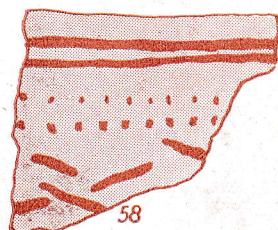
55



56



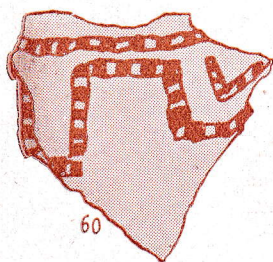
57



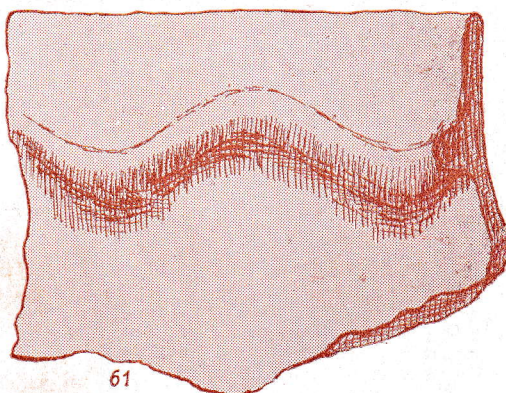
58



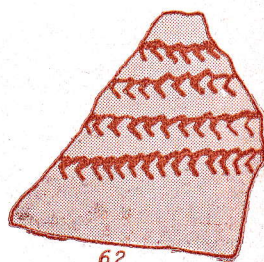
59



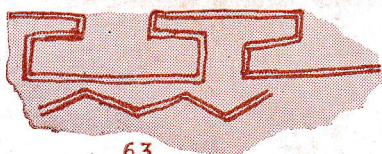
60



61



62



63



64

Números 53, 54, 55, 56 y 57, Naranjo, Colec. Arredondo. 58 y 60, La Blanca, 61 y 62, Naranjo, Colec. de la Sociedad de Arqueología. 63 y 64 dibujos de R. R. Schuller.

“ en mi última. Es en el mismo punto donde 12 o 13 años hace, usted, acompañado por el Jefe Político del Departamento de Soriano,—entonces era tal el doctor Saturnino Camps,—hizo ligeras observaciones y, según creo, trajo algunos objetos etnológicos que actualmente deben existir en nuestro Museo. Existe, además, otro punto histórico para la famosa tribu charrúa, (55) y que es el así llamado “Pueblo Viejo”, en “La Blanqueada”, estancia que dista dos leguas de Soriano y que ahora pertenece al coronel Pablo Galarza.

“ Conoce usted la laguna grande en dirección S. del puerto de la Salud? (56) Allá hay unas barrancas formadas exclusivamente de conchillas. Ninguno de los autores que conozco hace referencia, ni de la laguna, ni de este fenómeno tan interesante para la historia, del suelo de esta parte de la República. Las medí y traigo muestras de todas las especies que las componen; creo que la ostra será la misma que el insigne francés Alcides d'Orbigny encontró en las barrancas del río Paraná”, etc.

El 28 del mismo mes, desde Dolores avisa que, entre otras cosas, manda al Museo “5 bolas charrúas, un mortero, fragmentos de urnas y fósiles de milodón o mastodón”. Y agrega: “El jueves seguiré mi viaje por tierra; voy a estudiar los afamados montículos enterratorios en el Rincón de las Gallinas.”

De lo que pudo observar en los paraderos del Rincón de las Gallinas se sabe aún menos, lo que es una lástima, porque en el Departamento de Río Negro existen, y entre ellos el de Haedo, que quizá el doctor Schuller haya visitado. (57)

(55) ¿Charrúa?...

(56) El puerto de Santo Domingo de Soriano, así llamado durante la época colonial.

(57) La obra capital del doctor Schuller en el país la constituyó el “Prólogo a la Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes, etc., compuesta por don Félix de Azara, capitán de navío de la Real Armada. En la Asunción del Paraguay. Año de MDCCXC”. (M. S. en la Biblioteca Nacional). Publicado en los “Anales del Museo Nacional”, T. I, Sección Histórico-Filosófica. Montevideo, 1904). (Tirada, aparte de 89 páginas de los “Anales”. La obra completa, con diferencias de leyendas de la carátula, así como de compaginación, etc., comprende 478 páginas y el prólogo de Schuller, al frente, va relacionado con números romanos, cosa que no sucede en la tirada aparte: diferencias que a primera vista, observo en la “Separata”).

Schuller, desarrolla en el prólogo teorías “totalmente nuevas”, dice en el proemio de otra obra suya que de inmediato citaré y acerca del origen de

En carta fechada en Dolores el 7 de julio, dice: "Regresó hoy de mi excursión al Rincón de Ruiz, que dista cinco leguas de esta

las tribus uruguayas que fueron comentadas por el etnólogo alemán doctor Jorge Friederici, de Leipzig ("Der Träwengruss der Indianer"), comentarios que lo movieron a publicar un libro en defensa de su tesis, habiéndose ya ausentado del país y durante su residencia en Chile. Se titula: "Sobre el origen de los charrúas. Réplica al doctor Jorge Friederici, de Leipzig". Santiago de Chile, 1906), que a la vez es una tirada aparte de 158 páginas de los "Anales de la Universidad de Chile", T. CXVIII, número de marzo y abril de 1906.

La reimpresión del manuscrito que hiciera Schuller, mereció un estudio crítico del doctor Luis María Torres ("La Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes, por don Félix de Azara. Examen crítico de su edición" en "Revista del Museo de la Plata", T. XII. La Plata, 1906) que dejó por cierto bastante mal parada la competencia del ex Jefe de Sección del Museo Nacional. (Tengo a este estudio crítico como uno de los mejores de la literatura histórica rioplatense).

Completando esta breve noticia agregaré que, llevado de un espíritu andariego, el doctor Schuller, de Chile pasó al Brasil formando parte del alto personal del Museo Goeldi, de Pará. Fruto de sus estudios fué el folleto (132 páginas) "Yñerre" o "stannwater" des indios maynas. Esboço etnológico lingüístico", Río de Janeiro, 1912.

Del Brasil trasladóse a Centro América, enriqueciendo el número de su bibliografía y creo que en la fecha se encuentra en los Estados Unidos, para una breve estadía en Méjico.

La bibliografía que puede interesarnos para conocer el personaje en lo referente a su capacidad en la arqueología platense, es la siguiente:

"Apuntes Arqueológicos" en "Revista del Jardín Zoológico", T. II. Buenos Aires, 1894.

"Los Querandíes. Breve contribución al estudio de la arqueología argentina", 1 vol. in 8.º, XII y 204 págs. con 33 figuras. Buenos Aires, 1897.

"Etnografía argentina. Segunda contribución al estudio de los indios querandíes", 1 vol. in 8.º, 62 págs. Buenos Aires, 1898. (Existe una "reducción" de 16 págs. de la misma fecha).

"Estudios etnográficos" (1.ª serie), 1 vol. in 8.º, 90 págs. Buenos Aires, 1899.

"Datos para la bibliografía de la Imprenta de los Niños Expósitos", foll. in 8.º, 7 págs. con 2 figuras. Buenos Aires, 1900.

"Apuntaciones para el estudio de la bibliografía argentina", foll. in 8.º, 8 págs. 3 planchas. Buenos Aires, 1900.

"Confirmación de un dato histórico", foll. in 16.º, 16 págs. 1 figura. Buenos Aires, 1900.

"Sobre la necesidad de fundar una Sociedad de Americanistas", foll. in 8.º, 8 págs. Buenos Aires, 1900.

"El primer establecimiento español en el territorio argentino. Noticia



1



2



3

“ población, donde, con gran sorpresa, descubrí un enterratorio desconocido hasta la fecha. (58) Según los trabajos preliminares efectuados allí, vale la pena de seguir varios días, pues hoy sé que un cráneo perfectamente conservado, que llama la atención por su estructura y prognatismo. El modo de enterrar los cadáveres es casi el mismo que observara en el túmulo de la isla de los Vizcaínos. (59) Junto con el cadáver, fragmentos de ollas y urnas de construcción análoga, (60) piedra tallada,—tallada por la mano del hombre,—restos de comida, sobre todo de pescado. Tal vez haya existido entre esa gente la creencia de que el muerto, en el trayecto para los mejores pagos, necesitaba de ellos; boleadoras, etc.”

Tales son las pequeñas informaciones que pueden obtenerse en la lectura de la transcrita correspondencia, con la cual doy por terminado este trabajo, justificando con exceso la calificación de preliminar que le doy y que me propongo completar en próximas exploraciones, cuyos resultados haré conocer a la Sociedad de Arqueología.

histórico-geográfica, 1527-1902”, foll. in 8.º, 32 págs., 13 figuras. Buenos Aires, 1902.

“El puerto de los Patos y la geografía de la región adyacente en la época de la Conquista. Contribución al estudio de la geografía histórica del Brasil”, foll. in 8.º, 32 págs., 8 planchas. Buenos Aires, 1901.

Colaboró en la revista “Historia”, en Buenos Aires, 1903.

(58) Creo innecesario recalcar la conveniencia de hacer llegar a conocimiento de la Sociedad de Arqueología, la ubicación de este “enterratorio” la cual se desconoce en la fecha.

(59) Por “Del Vizcaíno” se le conoce actualmente. Schuller emplea en forma reiterada e invariable, el plural.

(60) Dada la evidente dificultad, para construir en español, que se observa en la correspondencia, esta afirmación podría tener dos significados: urnas de construcción análoga a las ollas, y urnas de construcción análoga a las que obtuviera Figueira en el Vizcaíno (esta última, si se relaciona el contexto de las cartas). Me inclino a la primera.

APÉNDICE

Lista de los objetos obtenidos por el doctor Schuller para la Sección de Etnografía del Museo Nacional

N.º	CLASIFICACIÓN	DÁDIVA DE	LOCALIDAD
3049	Punta de flecha con pedúnculo y aletas, cuarzo (punta fracturada).	R. R. Schuller.	Mercedes (Soriano).
3050	Punta de flecha con pedúnculo, forma alargada, cuarzo aurat.	Idem ídem.	Departamento de Soriano.
3051	Punta de flecha con pedúnculo y aletas.	Luis Zanzi.	Mercedes (S.).
3052	Mortero de piedra.	Doctor Saturnino Camp.	Mercedes (S.).
3053	Objeto de forma semilunar.	R. R. Schuller.	Esta "Las Tres Patas" (Río Negro).
3054	Tubo de vidrio con tierra, fragmentos de huesos tallados y quemados?	Idem ídem.	Túmulo del Vizcaíno.
3055	Piedra de afilar hachas? (pulida).	Idem ídem.	Departamento de Río Negro.
3056	Maxilar inferior (humano).	Luis Antuña (hijo).	Dolores (S.).
3057 - 63	Siete bolas arrojadas.	Mariano B. Berro.	Santo Domingo de Soriano.
3064 - 66	Tres ídem.	Alejandro B. Berro.	Idem ídem.
3067	Una ídem.	Señor Ruiz.	Dolores (S.).
3068 - 69	Dos ídem.	Diego Sterling.	Departamento de Río Negro.
3070	Una ídem.	Señor San Martín.	Santo Domingo de Soriano.
3071	Una ídem.	Francisco Silverio.	Dolores (S.).
3072 - 88	Diez y siete ídem (9 incompletas)	R. R. Schuller.	Departamento de Soriano.
3089	Una honda (arma arrojada) procedente de paraderos.	Capitán Manuel Sosa.	Península de Haedo (R. N.).

3090	Una piedra de forma chaña? instrumento de pulimento, obtenida en los enterratorios.	R. R. Schuller.	Barrancas Coloradas (R. N.).
3091	Rompecabezas.	Pedro Rivero.	Santo Domingo de Soriano.
3092	Piedra forma de pera (para moler? molietas?)	Doctor Camps.	Mercedes (S.).
3093	Idem más pequeñas.	R. R. Schuller.	Idem ídem.
3094	Una moleta?	Señorita C. Beaulieu.	Departamento de Río Negro.
3095-96	Dos ídem?	Mariano B. Berro.	Vera (S.).
3097	Una ídem?	Capitán Manuel Sosa.	Santo Domingo de Soriano.
3098	Una ídem?	R. S. Schuller.	Idem ídem.
3099	Una ídem?	Capitán Manuel Sosa.	Idem ídem.
3100-3	Cuatro ídem?	R. R. Schuller.	Departamento de Soriano.
3104	Mortero.	Idem ídem.	Barrancas Coloradas (R. N.).
3105	Una bola de piedra hecha por el paisano.	Idem ídem.	Departamento de Soriano.
3106-7	Dos bolas de piedra.	Idem ídem.	Idem ídem.
3108	Una bola de hierro.	Idem ídem.	Idem ídem.
3109-11	Dos bolas de piedra.	Idem ídem.	Idem ídem.
3112	Una bola de piedra hecha por el paisano.	Idem ídem.	Santo Domingo de Soriano.
3113-18	Seis bolas de piedra.	Idem ídem.	Idem ídem.
3119	Una punta de lanza.	Benito Berro.	Departamento de Soriano.
3120	Punta de flecha con pedúnculo, forma alargada.	Gregorio Sánchez.	Idem ídem.
3121	Bola de piedra (incompleta).	R. R. Schuller.	Idem ídem.
3122-29	Ocho piedras trabajadas?	Idem ídem.	Túmulos del Viceaño.
3130-31	Dos cajas con piedras trabajadas, extraídas por	Idem ídem.	Idem ídem.
3132	Una caja con fragmentos de hueso, extraída por	Idem ídem.	Idem ídem.

N.º	CLASIFICACIÓN	DÁDIVA DE	LOCALIDAD
3133	Cráneo de mestizo (el auto, en el Juzgado Departamental de Mercedes).	R. R. Schuller.	Santo Domingo de Soriano.
3134	Caja con fragmentos de maxilares (uno superior y otro inferior), extraídos del túmulo "El Médano".	Idem ídem.	Dolores (S.)
3135	Caja con fragmentos de un cráneo humano extraídos del túmulo "El Médano".	Idem ídem.	Idem ídem.
3136	Caja con fragmentos de alfarería y piedras talladas extraídas del túmulo "El Médano".	Idem ídem.	Idem ídem.
3137	Caja con un botón de la tapa de una urna, extraído del enterratorio indígena de	Idem ídem.	Península de Haedo (R. N.).
3138	Caja con ídem.	Idem ídem.	Idem ídem.
3139	Caja con un fragmento de alfarería.	Idem ídem.	Túmulo del Vizcaíno.
3140	Caja con un fragmento de alf. con dibujo	Idem ídem.	Túmulo de La Blanqueada (S.)
3141	Caja con tres fragmentos de alfarería.	Idem ídem.	Barrancas Coloradas (R. N.).
3142	Caja con un fragmento de alfarería con dibujos.	Idem ídem.	Idem ídem.
3143	Caja con cinco fragmentos de alfarería con dibujos distintos.	Idem ídem.	Túmulo de La Blanqueada (S.)
3144	Caja con seis fragmentos de alfarería con dibujos.	Idem ídem.	Túmulo del Vizcaíno.
3145	Caja con dos fragmentos de alfarería lisa.	Idem ídem.	Barrancas Coloradas (R. N.).
3146	Caja con dos fragmentos de alfarería lisa.	I. M. Sardá.	Puerto Haedo (R. A.).
3147 (?)			
3148	Caja con dos fragmentos de alfarería dibujada.	R. R. Schuller.	Barrancas Coloradas (R. N.).

3149	Caja con dientes.	Idem ídem.	Túmulo de La Blanqueada (S.)
3150	Caja con ídem.	Idem ídem.	Túmulo del Vizcaíno.
3151	Una tibia humana.	Idem ídem.	Túmulo de La Blanqueada (S.)
3152	Un peroné.	Idem ídem.	Idem ídem.
3153	Un peroné.	Idem ídem.	Idem ídem.
3154	Caja con dos rótulas.	Idem ídem.	Idem ídem.
3155	Caja con fragmentos de maxilares.	Idem ídem.	Idem ídem.
3156	Caja con un fragmento de alfarería con dibujos.	Idem ídem.	Idem ídem.
3157	Caja con un fragmento de alfarería lisa.	Idem ídem.	Departamento de Soriano.
3158	Caja con fragmentos de alfarería lisa y piedras talladas.	Idem ídem.	Isla de los Vizcaínos.
3159	Caja con fragmentos de alfarería lisa.	Idem ídem.	Barrancas Coloradas (R. N.).
3160-61	Dos ídem ídem.	Idem ídem.	Isla de los Vizcaínos.
3162-66	Cinco cajas con fragmentos de bordes de alfarería.	Idem ídem.	Idem ídem.
3167	Caja con fragmentos de alfarería lisa.	Idem ídem.	Idem ídem.
3168-69	Dos ídem ídem.	Idem ídem.	La Blanqueada (S.).
3170	Caja con tierras, restos de conchas, fragmentos de huesos, etc.	Idem ídem.	Isla de los Vizcaínos.
3171	Caja con tierra del horno de los indígenas que poblaban La Blanqueada.	Idem ídem.	La Blanqueada (S.).
3172	Caja con tierra mezclada con ceniza.	Idem ídem.	Isla de los Vizcaínos.
3173	Caja con cinco fragmentos de alfarería dibujada.	Idem ídem.	Idem ídem.
3174	Caja con fragmentos de alfarería lisa.	Idem ídem.	Idem ídem.
3175	Caja con asas de alfarería indígena.	Idem ídem.	Península de Hacedo (R. N.).
3176	Caja con fragmentos de bordes con adornos de alfarería indígena.	Idem ídem.	Idem ídem.
3177	Caja con dos fragmentos de borde.	Idem ídem.	La Blanqueada (S.).

